Nuestras propias historias

Leyendas y tradiciones I

MINISTERIO DE EDUCACIÓN





Leyendas y tradiciones

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 347 0

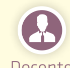
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región



Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




CYNTHIA CECILIA MOSQUERA
nació en Súa, Esmeraldas, en 1988. Estudia en primer año de Bachillerato del Colegio Nocturno 21 de Noviembre. Su actividad favorita es leer.

La princesa Súa[1]

En el período de la Conquista, había un pequeño poblado rodeado por el azul del mar, montañas grandes, delfines dorados y ballenas bailarinas. Los pobladores eran dueños de sus tierras y se dedicaban a la caza de animales, a la pesca y a la recolección de frutos. Su nombre era mágico y supremo: Súa.

Había una hermosa princesa con ojos tan brillantes y azules como el cielo; su cabellera era larga, rizada y fragante como las flores de un paraíso; y su cuerpo era esbelto y frágil como las gotas

1 Existen varias versiones de esta leyenda, en esta colección presentamos dos de ellas.



del rocío. Su padre, el cacique Tonchigüe, era el gobernante de esas tierras. Hombre de mucha experiencia en labores de caza y de guerra, gozaba del aprecio de toda su gente. Su madre, la reina Atacame, una mujer humilde, bella y esbelta como la princesa Súa, asesoraba al cacique en temas de protocolo y salud.

Cierto día, llegó al poblado un apuesto capitán, de nombre De León. Había sido enviado por los reyes de España, y al llegar a tierra en lo primero que se fijó fue en la hermosa princesa. Quedó muy enamorado de aquella joven tan linda, con piel de ángel, caída del cielo.

El rey Tonchigüe, al ver al joven llegar, le brindó todas las atenciones y le presentó a Súa, quien también se enamoró a

primera vista. Pasaron muchas lunas en las que ellos salían a pasear por la playa, y los cubría la suave brisa del mar.

Una mañana, realizando la rutina de cada día: recorrer las montañas, el capitán De León se encontró con el príncipe Tonsupa, alto y robusto, dueño de muchas tierras ricas en oro: Salima, Piedra Fina, Chapil y El Sereno. Tuvieron una amistad bella y duradera.

Pasaron muchos meses y, de repente, a la población de Súa llegó un barco. Eran oficiales con una carta que decía: "Capitán De León, regrese de urgencia a España. Tropas de países enemigos quieren invadirnos". El joven comunicó al cacique que tenía que partir, y salió tan apresurado que olvidó despedirse de su amada princesa, a quien, al enterarse de que el capitán se había ido, la invadió una profunda tristeza. Todas las noches, al pasear por las playas, recordaba a su amado.

Un día con fuertes lluvias y truenos, al poblado de Súa llegaron unos soldados con una carta para el rey Tonchigüe: "Pronto llegaré para casarme con la princesa Súa", decía. Al rey no le gustó el mensaje, pues el capitán había desaparecido casi ocho meses. Entonces, habló con la princesa Súa y le dijo que había llegado una carta de los reyes de España, que el capitán De León había fallecido y sus restos serían trasladados a Venecia, su tierra natal. Le explicó, además, que debía casarse con el príncipe Tonsupa, quien poseía grandes cantidades de oro y muchas tierras.

La tristeza de la princesa duró muchos meses, tantos que cayó en una agonía profunda. Todas las noches salía a llorar a la playa de Súa, hasta que en una de ellas subió por unas rocas llenas de musgos y espinas y gritó:

—Perdón, padre, madre y dios Sol. —Y se lanzó al precipicio.

Su padre, al enterarse de la desgracia, corrió a los brazos de su querida hija y le pidió perdón por la mentira que había dicho. Después de la muerte de la princesa, llegó al poblado el capitán De León. Él también cayó en una profunda melancolía y se lanzó del peñón.

Los pobladores cuentan que todas las noches, en la playa de Súa, se escucha una bella melodía y a lo lejos se ve dos resplandores brillantes: un hombre acompañado de una bella mujer.




DANIELA EDITH MONTECÉ
nació en Súa, Esmeraldas, en 1990. Trabaja en la Unidad Educativa Balneario de Súa. Su actividad favorita es la lectura.

La princesa Súa y el príncipe Tonsupa[1]

Había una vez, hace mucho tiempo, una tribu de personas amables, sensatas y caritativas que siempre respetaban las leyes y reglamentos que tenían. Allí vivía una princesa llamada Súa, una mujer muy hermosa con ojos negros, de mirada cautivadora, cabello largo y rizado de color oscuro intenso —así

1 Existen varias versiones de esta leyenda, en esta colección presentamos dos de ellas.

como las noches sin estrellas—, una piel tersa y suave como la seda, y una figura esbelta. Por esas cualidades era la mujer más deseada de la tribu y todos los hombres se sentían atraídos por su belleza.

No muy lejos de ese lugar existía otra tribu que se dedicaba a cazar sus alimentos y a respetar su cultura y a sus dioses. Ahí había un príncipe, hijo único de los líderes y querido por todos. Esperaban que al crecer fuera un buen gobernante y sobre todo un buen luchador. Lo llamaron Tonsupa, y era un hombre fuerte, alto, apuesto, sensible y respetuoso, cualidades que provocaba que todas las mujeres de su tribu desearan casarse con él.

La princesa Súa siempre tenía un lugar especial, donde se alejaba de la rutina. Allí podía pensar, razonar y tener sus propias opiniones. Era un lugar no muy apartado de su poblado, lleno de magia y esperanza.

Una noche, cuando las tribus, de forma independiente, celebraban sus fiestas religiosas y veneraban a sus dioses, la princesa, muy aburrida, se escapó a su lugar especial para ver las estrellas y contemplar su belleza. Por otra parte, el príncipe Tonsupa no tenía un lugar especial, pero también decidió alejarse de su tribu.

Súa estaba situada en el filo de una hermosa laguna viendo la hermosura de la noche, cuando de repente escuchó el sonido de unos pasos que se acercaban. Se dio la vuelta y observó la silueta de un hombre como ninguno: ¡era el príncipe Tonsupa! Él se quedó paralizado al ver tanta belleza y, por ende, decidió saber más de ella. Conversaron horas y horas hasta que, lamentablemente, Súa tuvo que irse, ya que había pasado mucho tiempo fuera de su tribu y su padre se comenzaba a preocupar.

Después de esa noche, Tonsupa quedó encantado y ni se diga la princesa, que también quedó totalmente flechada. Desde ese



momento sus corazones fueron un solo latir. Todas las noches se veían a escondidas, en un lugar alejado de sus poblados, pues su amor no podía ser, ya que cada tribu tenía sus reglas y una de ellas era que los herederos se debían casar con la persona que el líder creyera conveniente.

El padre de la princesa Súa no le permitiría tener un novio que no fuese un hombre de su misma tribu. Por esa razón, no podían sacar su amor a la luz. El príncipe Tonsupa no era un hombre de buen linaje, según la cultura contraria. Fue así como su amor creció más y más, ya que compartían alegrías, emociones y sobre todo sentimientos.

En cierta ocasión llegó un barco de españoles para invadir el territorio donde se encontraban las tribus de la princesa Súa y del príncipe Tonsupa, razón por la cual este tuvo que partir a luchar en la pampa del río Tiaúne.

Pasaron muchos meses y la princesa Súa seguía con su amor más vivo que nunca. Esperaba y esperaba sin una señal del hombre de su vida. Una tarde, se encontraba encima de una piedra observando el paisaje, cuando de repente se le acercó un soldado. Ella se emocionó al verlo y buscó desesperadamente a su príncipe, pero lo que no sabía era que traía una mala noticia.

El soldado se sentó a su lado, la tranquilizó y le explicó que el príncipe Tonsupa, en una batalla muy reñida, había muerto. Esto destrozó por completo a la princesa, pero lo que ella no sabía era que todo era una gran mentira, porque el soldado se había enamorado de ella.

Fuerte fue el dolor que atrapó a la princesa, lo que la llevó a tomar una decisión muy triste y desgarradora: decidió lanzarse de aquel peñón, el lugar donde se habían visto por primera vez, donde vieron su amor crecer, donde quebrantaban las leyes de sus tribus con tal de ser felices. Al lanzarse, recordó cada momento que vivieron juntos, cada risa, cada conversación.

Cuando el príncipe Tonsupa regresó de la batalla, ansioso por ver al amor de su vida, por besarla, abrazarla, formar una familia y casarse con ella a pesar de las creencias de sus tribus, se enteró de la terrible noticia. Decepcionado, decidió también lanzarse del mismo peñón, para poder estar con ella en la vida espiritual y no permitir que muriera su amor.

A causa de esta historia de amor sufrido, a la tribu de la princesa se le puso el nombre de Súa y a la del príncipe, el nombre de Tonsupa. A la peña de la que se lanzaron, que era el lugar

donde también se encontraban para llevar a cabo su amor, le dieron el nombre de “El Peñón del Suicidio”.

Se dice que en las noches de luna plateada se ven las siluetas de los dos lanzándose al mar, ya que la naturaleza los muestra como ejemplo de un amor verdadero.

DORIS YADIRA BASANTES
nació en El Corazón, Cotopaxi, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa Gonzalo Pizarro. Su actividad favorita es leer.

Los incas: más que una leyenda, una realidad

La niñez es una época de inocencia, ilusión y sueños, en la que eres feliz con tan solo estar con tu familia: tus abuelos, tus padres y tus hermanos. ¿Cómo no recordar aquellos tiempos en los cuales nos reuníamos alrededor del fogón para escuchar las historias



antiguas, que eran relatadas de generación en generación, e incluso habían sido vividas por nuestros abuelos o vecinos? Recuerdo que los relatos que más me gustaban eran aquellos sobre los incas, pero ¿quiénes eran? En ese entonces me los imaginaba como unos seres superiores y míticos que solo podía ver con mi imaginación.

De los incas se dice que vivían por esta zona de nuestro cantón Pangua, en especial en la parte alta. Nuestros vecinos y familiares, mientras labraban la tierra, se habían encontrado tumbas con esqueletos adornados con joyas, ollas de barro, platos, vasos, máscaras y, en el fondo, pequeños cofres con objetos de oro, ya que, al parecer, cuando una persona moría se la enterraba con todas sus pertenencias.

Varias personas buscaban estos famosos entierros, pero solo a pocos se les revelaba en sueños el lugar exacto donde debían cavar. Incluso, según mi abuelo, cuando caía abundante lluvia con truenos, el tesoro de los entierros salía a la superficie, pero no todos podían verlo: a los suertudos se les aparecía como un molino de oro o como una gallina con huevos dorados, y debían guardar el secreto muy sigilosamente.

Luego de aquellas historias, varias preguntas rondaban en mi cabeza: ¿Quiénes eran los incas? ¿De dónde habían venido? ¿En verdad existían los famosos entierros? ¿Cómo era el oro de los incas? Los relatos de mis abuelos no estaban tan alejados de la realidad, ya que poco a poco, mientras crecía, mis maestros satisficieron algunas de mis dudas, aunque no todas.

En la actualidad, como docente, puedo entender la historia y compartir con mis estudiantes las respuestas a esas preguntas que me hacía cuando aún era niña. Hoy sé que los incas, pueblo originario del sur del actual Perú, comenzaron, alrededor del año 1200, una campaña de expansión que llegó al territorio del actual Ecuador a finales del siglo XV.

La conquista inca del Ecuador no solo se dio mediante guerras, sino también mediante alianzas comerciales y matrimoniales con pueblos como los caranquis y los shyris. Fruto de esa conquista formamos parte del gran Tahuantinsuyo, el Imperio inca, que más tarde sería conquistado por los españoles. Nuestro último emperador fue Atahualpa; su muerte significó la desaparición de una raza, una cultura y una identidad.

Hoy en día, las ruinas de ciudades incas son la principal evidencia de la existencia de esta indomable raza, que nos ha dejado como herencia la lucha, el coraje, el valor y el amor por nuestra tierra.

RITA MARGARITA JIMÉNEZ GUAÑA nació en El Jordan, Imbabura, en 1979. Trabaja en la Escuela Municipal Cayambe. Su actividad favorita es la natación.

Cómo nadaban en el tiempo de los incas

Había una vez un lugar muy lejano llamado el Encanto de los Andes, rodeado de lagos y montañas muy bellas, donde se creaban nuevas raíces y asentamientos de pueblos. Esta había sido

creación del Inti[1], que atribuyó dones al lugar para que fuera fértil. Asimismo, la Madre Pacha ayudó para que se formaran grandes *wankas*[2] que sirvieran de *ankuwillka*[3].

Inti concedió a sus hijos, a través de una purificación, habilidades y destrezas para que, con el trascurso del tiempo, fueran majestuosas divinidades incas. Quilotoa y Yambo fueron al sur de los Andes, pero Cuicocha, Imbacocha y Yaguarcocha fueron por el norte. En cada lugar, cumplieron con los encargos encomendados, y, asimismo, en cada uno de ellos nacieron guerreros: los sigchos, los panzaleos, los otavalos, los caranquis, etc.

Killa Luna confirió a cada uno la responsabilidad de guiar y gobernar en sus territorios. Como era tan grande la capacidad de la Madre Pacha, con unión y la profundidad del amor de la naturaleza hacia sus hijos, en el trascurso del tiempo ellos cruzaron sus caminos y se prepararon para medir sus responsabilidades, fortalezas y habilidades, y ver si eran los adecuados para estar en aquellos espacios.

Copacati, diosa de los lagos, y Mama Cocha, tía abuela de ellos y madre del mar, retaron a los guerreros de los lagos a una competencia para saber cuáles de ellos eran más hábiles en varios estilos de natación.

Los nadadores sigchos se introdujeron en las profundidades del Quilotoa y nadaron con su estilo *pillpi*[4]. Hay una fase en el ciclo de nado que se presenta más provechosa para la respiración e inspiración. Debe realizarse durante el período en que los hombros y la cabeza están elevados sobre la superficie del agua; si no, la cabeza sale antes que los brazos.

1 Sol.

2 Piedras.

3 Resistencia.

4 Mariposa.

—Porque tengo la fuerza del Volcán, produzco las erupciones de todos los volcanes. Además, por tener el color verde esmeralda y porque varía mi temperamento con el verde azulado, soy imponente. Tengo un compromiso con la sombra y mi luz refleja esperanza.

En cambio, los nadadores panzaleos se sumergieron dentro de la laguna encantada. En su vertiente subterránea nacen sus aguas de las riberas del Vacío. Dejan evidenciar el espejo de rocío de un color verde que contrasta con el horizonte azulado y con su región montañosa, que enriquece el paisaje y las condiciones del lugar.

—Me manejo libremente en el aire con la palma hacia abajo, dispuesta a integrarme al agua, y con doblez relajado, mientras mi protección avanza bajo el agua, mis piernas se mueven de acuerdo



a mi evaporación, a lo que en los últimos años he evolucionado. Un movimiento alternativo de las caderas arriba y abajo, dando gracias al don que me dio mi padre —explicaban a su tía abuela—. Su estilo era muy abrazador, competitivo y recreativo, y su natación era para propósitos especiales, como el rescate acuático.

Copacati y Mama Cocha estaban encantadas por lo expuesto por los nadadores y endulzadas por sus hazañas, y ya no querían escuchar a sus tres sobrinos de la región norte. Estos, preocupados, se reunieron para idear un acogedor y muy llamativo estilo de pecho que les permitía demostrar que eran los más grandes: Cuicocha, por tener un brazo hacia la brisa del mar y encontrarse con sus hermanos valdivias y huancavilcas; Imbacocha, por tener una de las diosas más hermosas como la Nina Pacha, que amó tanto a Hualtaqui que formaron un solo ser; y Yaguarcocha, por ser un agua llena de energía y lucha.

Así, los tres, en sus diversos contactos con los seres humanos, rebosan, revelan, buscan y abrazan a todos y dan nombre a la provincia Azul. Por sus mencionadas cualidades, que gritaban a los cuatro horizontes, retumbaban en un solo eco de los tres para que la tía abuela, la diosa Mama Cocha, regresara y los mirara con dulzura.

Ella caminó agrandando sus olas a manera de brazos, tomó a sus sobrinos y les dijo que estaba muy agradecida por ver a cada uno de ellos manifestando su compromiso. Por ello, fueron expuestos dentro de los Andes. Ellos están estrechamente ligados dentro de las profundidades de la Madre Pacha. Son guiados por su padre el Inti y brillantes como la Luna. Su tía abuela les mencionó que ellos eran lo que más deseaba, porque tienen ese amor y carisma, y, bajo cada uno de ellos, la biodiversidad, la vegetación y la fauna de cada lugar. Mencionó que es eso lo que el dios les proporcionó, y lo llamó un lugar multipluriespecial: Ecuador.




JOSÉ VICENTE ANILEMA
nació en Columbe, Chimborazo, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Oswaldo Guayasamín. Su actividad favorita es la lectura.

El hombre que se convirtió en lobo

Había una vez una pareja de casados en la comunidad de Quishuar Wayku. Como siempre, según una costumbre antigua, era el marido quien se encargaba de la manutención, y la mujer se encargaba de los quehaceres de la casa.

El marido salía de la casa muy temprano hacia el campo, cargado de su pala, y siempre traía la comida: papas, ocas, mellocos, habas y demás.



Un día, empezaron a llegar quejas de que el hombre robaba los sembríos de los vecinos, y que nunca trabajaba, sino que pasaba durmiendo en el cerro Miraflores. Al enterarse, la esposa se sintió molesta por esta noticia tan amarga, así que decidió seguirlo para comprobarlo.

Así, la mujer se encontró con la tremenda sorpresa de que, en efecto, su marido no trabajaba, sino que se la pasaba durmiendo con la pala entre las piernas.

Indignada, le dijo:

—¡Levántate! ¿Qué es eso de andar durmiendo como un lobo vago?

Entonces, el marido, renegado y avergonzado, se levantó y dijo:

—Lobo soy, lobo he de vivir.

Y se fue con la pala en el trasero. Por eso se dice que el rabo de los lobos es ancho como una pala.




MARÍA CARMEN PAUCAR
nació en Columbe, Chimborazo, en 1977. Actualmente es agricultora. Su hijo David Isaías Guaraca estudia en el Centro Educativo Estanislao Zambrano.

Papa lucrumanta

Suk tayta shuk mama tiyashka nin, mana churicunata charishkachu. Suk puncha llankankapak rirkakuna. Shuk kurikinka wasiman yaykurka shamurkakuna. Chayta rikullpaka kurukinka pawashpa kanllaman rirka. Wasi hawa umapi tiyarirka.

Yayakuna nirka:

—¿Maykantak kaypi yanurka? Mikushun. Imapash mana ima tukushun.

Kati puncha chaykunapi maykan yanunkapak shamukta

chaparkakunami. Kurikinka pawashpa wasima yarkurka. Tiyarirka, kaypi, manka ukupi lulunta kacharirka.

Chaymantami kunankama, papa lukruta charinchik.



Locro de papas

Había una vez una pareja que no tenía hijos. Un día salieron a trabajar; mientras tanto, entró a la casa un curiquingue y se puso a cocinar. Al regresar la pareja a la casa, el curiquingue se alejó volando y se posó encima de la casa. La pareja se dijo: "¿Quién cocinaría aquí? Comamos, ojalá no nos suceda nada".

El segundo día decidieron esconderse para saber quién venía a cocinar. El curiquingue entró volando a la casa y se paró en el filo de la olla. Cuando la pareja se acercó con intención de atraparlo, el asustado curiquingue puso un huevo en la olla, y a partir de ese día tenemos el locro de papas.




JUAN LORENZO PARCO
nació en Capulispungo, Chimborazo, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Amawta Fernando Daquilema. Su actividad favorita es el fútbol.

Leyenda de Pailafondo

Hace mucho tiempo existían conflictos entre las comunidades de Laime y Capulispungo por unos terrenos. Y es que en ese lugar había muchos árboles y césped, por los que se habían provocado agresiones e incluso algunas muertes.

Un día, un señor llamado Atanasio pasaba por ahí con su amada esposa, aquel lugar era muy especial para ellos. La pareja feliz

llevaba una paila para hacer una parrillada, pero ese día notaron que esta se ponía cada vez más pesada. Desesperados, tuvieron la idea de que uno de ellos regresara a traer un burro que tenían. El elegido fue Atanasio, y su mujer se quedó cuidando la paila.

Al regresar, Atanasio se encontró con que, sorpresivamente, la mujer y la paila no estaban. Solo había quedado la huella de la paila. Atanasio lloró con angustia hasta el anochecer y luego volvió a su casa a pedir ayuda a sus familiares y a los miembros de la comunidad. Buscaron y buscaron, pero nunca encontraron nada. Por esa situación, las comunidades tomaron la decisión de repartir esas tierras en partes iguales, pues la mujer era de Laime y el hombre, de Capulispungo.






LUIS DE LA CRUZ AÑAPA
trabaja en la Unidad Educativa Juan Lorenzo Añapa.

El Sol

Nuestros abuelos cuentan que antiguamente no conocían la luz del Sol, sino solo noches de luna llena con un poco de luz. Entonces, vivían en dificultad para conseguir comida y alimentarse. Pero un buen día amaneció espléndida la luz, con un sol abrasante, que quemaba la vegetación del sector que iluminaba. Esto hizo asustar a la gente.

El Sol era un hombre que tenía gran poder en los ojos: iluminar y producir calor para todo el mundo. Entonces decidieron



romperle un ojo con una lanza llamada *pichuwa*; por eso hoy no quema como al comienzo. También se dice que el día en que el Sol brilló por primera vez fue aquel en que nació Jesús.

En su recorrido diario, el Sol no podía descansar porque lo perseguía un gran tigre para atraparlo. Solo reposaba al mediodía, porque se detenía para tomar la chicha que le brindaba su hermana. Al terminar el día, la oscuridad llegaba a la tierra porque el Sol se lanzaba al mar e ingresaba al túnel de peña, o sea, al otro mundo. Para ello, tenía la costumbre de distraer al pez gigante botando un bulto de ropa.

En el otro mundo, en el de abajo, vivía un pueblo de seres muy pequeños a los que los cangrejos gigantes trituraban con sus grandes tenazas: los Pejuu Putyula o Paj Lanbee Chulla.

Eran seres sin el órgano excretor; se alimentaban percibiendo olores de comidas.

Dicen los abuelos que el Sol tiene dos caminos: cuando uno se vuelve intransitable de tanto recorrerlo, cambia de dirección. Por eso hay distintas temporadas.




SILVIO VICUÑA
nació en Ambato, Tungurahua, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San José. Su actividad favorita es jugar baloncesto.

Newén, el alma de la planta de guayusa

En una apartada comunidad de la Amazonía, regida por un sabio anciano, se festejaba un ritual. La gente bailaba y gozaba. Al terminar la fiesta, fueron como de costumbre a beber del río, que era cristalino. Pero aquella noche, una bruja muy malvada mandó un

hechizo sobre las aguas, que se contaminaron con aditivos que perjudicaron la salud de toda la comunidad.

Días después, toda la gente del pueblo estaba sin ánimo: ya no cultivaban sus tierras, no bailaban en sus rituales y los niños no jugaban. El anciano curaca detectó que, por beber de aquellas aguas, todos tenían enfermedades relacionadas con el corazón. El pueblo iba perdiendo su encanto por la deshidratación.

Un día, el sabio anciano, cansado de la situación, llamó a todo el pueblo a la cabaña de rituales e invocó a Yacu, dios del agua:

—Yacu, ayuda a este pueblo, que necesita de una planta que regrese la vitalidad y la energía a todos sus habitantes.

—Este pueblo se ha portado muy bien. No se preocupen, la ayuda llegará pronto —contestó Yacu.



Dos días después, una niña muy hermosa llegó al pueblo. Nadie sabía de dónde venía, pues la comunidad más cercana estaba a tres días de camino. El sabio curaca presintió que la ayuda del dios Yacu había llegado, y la bautizó con el nombre de Newén, que significa 'fuerza y energía', pues la niña era alegre y además vestía siempre con telas de colores.

Un mañana, Newén se despertó muy temprano. El sol brillaba como nunca. Fue a tomar un baño al río, pero al salir notó que sus piernas estaban llenas de hojas:

—Newén, el día de devolver la energía, la salud y la alegría a la comunidad ha llegado —dijo Yacu.

—Hoy le diré al pueblo todo lo que me has enseñado sobre las propiedades de esta nueva planta, la guayusa, para salvar al pueblo de este mal —dijo la niña.

Newén corrió hasta el centro de la comunidad y con una hermosa voz empezó a cantar. Las personas, muy enfermas pero maravilladas, salieron de sus casas y formaron un círculo alrededor de la niña. En ese momento surgió una magia muy extraña. Las hojas de las piernas de la niña salían disparadas como rayos de luces de colores y tocaban el corazón de cada una de las personas, con lo que les devolvía la vitalidad.

El cuerpo de la niña empezó a sufrir extrañas transformaciones: cada vez que perdía una hoja, sus pies se hundían en la tierra y les empezaban a crecer raíces; su cuerpo se comenzó a cubrir de corteza como un tronco; sus cabellos se expandieron como ramas y en cada una de ellas brotaban hojas. Al finalizar la extraña metamorfosis, Newén se había convertido en árbol.

El sabio anciano, a pesar de saber que algo extraño ocurriría, estaba muy asombrado, pues la niña se había ganado su corazón.

Sin embargo, una hoja, la más hermosa, cayó a sus pies. Era un mensaje de Newén. El curaca se paró junto al árbol y leyó:

“Hermanos míos:

Les dejo este árbol para que cada vez que no tengan energía, tomen una hoja y en una pequeña olla, al amanecer, preparen un té. Este les brindará fuerzas para todo el día, los mantendrá despiertos en las vigilias nocturnas y además los hidratará y evitará las enfermedades del corazón. Este árbol se llamará guayusa, pues ese es el verdadero nombre asignado por Yacu.

Con cariño,

Newén”.

Desde entonces, la selva se pobló de esta nueva especie, no solo energética, sino también medicinal. El alma de Newén quedó atrapada en el árbol, llenó de energía a los adultos para continuar con la agricultura, mejoró el rendimiento deportivo en sus competencias anuales y ayudó a prevenir las enfermedades de los sabios ancianos.

JOSÉ INCA
nació en Colta, Chimborazo, en 1980. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Nación Puruhá. Su actividad favorita es escuchar música.

La laguna de Colta

La laguna de Colta se encuentra a 20 kilómetros de la ciudad de Riobamba y a tres de la cabecera cantonal Villa La Unión, a una altitud de 3 300 m. s. n. m. A su alrededor hay colinas en las que habitan varias comunidades indígenas.

En sus orillas existe abundante flora; predomina la totora, que es utilizada para alimentar a los animales y para elaborar los tradicionales caballitos de totora, que sirven para navegar. Entre la fauna destacan los peces de colores y los patos de patas largas,

únicos en su especie. Por este motivo, también se la conoce como “laguna de patos”.

Cuentan las personas mayores que, antes de que la laguna existiera, una señora llegó con un niño y una paila que brillaba como el oro. Luego de un largo viaje desde la ciudad de Cuenca, se sentó a descansar en aquel lugar.

Empezó a caer mucha lluvia, lo que hizo que la paila se llenara hasta el tope. Cuando la señora quiso continuar con el viaje, estaba tan llena que no la pudo ni mover. Entonces, pidió ayuda a un indígena de Majipamba llamado Manuel Bueno, pero él tampoco la pudo levantar. Al ver que anochecía, Manuel le brindó posada en su casa, pero durante la madrugada, la dama desapareció. Poco después, la paila que brillaba como el oro se transformó en el lago que hoy conocemos.



Ante estos acontecimientos, el cura párroco de Balvanera aseguró que la mujer era la Virgen María, y celebró una misa en su iglesia, fundada por Diego de Robles, que en la actualidad es la más antigua del Ecuador. Se comenta que desde ese momento, a la medianoche, sale de la laguna una luz resplandeciente que luego forma un remolino en el centro.

PATRICIO PIUSHA KUNKÚMAS
trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Vicente Wamputsar.

Origen de los idiomas (leyenda shuar)

Cuenta mi abuelo que nuestros ancestros shuar, desde tiempos muy remotos, conocían la existencia de la vida en los cuatro mundos: Nunka (tierra), Nayaim (cielo), Entsa (agua) y Tunkurua (infierno). El cielo estaba conectado con la tierra



mediante un bejuco similar a una escalera que en la actualidad está en la selva. Por ella, bajaban dioses como Etsa y Nantu.

Estos hermanos, después de un enfrentamiento entre sí por una mujer terrestre, volvieron al cielo por ese mismo bejuco. Etsa se transformó en el Sol, luz del día y calor para todos los seres vivos; Nantu, por su parte, se convirtió en la Luna. Por el maltrato que recibió de Etsa, Nantu quedó casi ciego, por eso su luz es opaca. Representa la fecundidad de la mujer y la germinación de los cultivos.

Por estos sucesos, los shuar decidieron en una reunión hacer un camino al cielo, y empezaron a construir el famoso *apiun*[1]. Para ello, cavaron un hoyo donde enterraron grandes piedras para

1 Casa de forma circular, de diámetro no muy grande, con un piso encima de otro.

que sirvieran de base, y alrededor plantaron enormes postes. En el exterior de cada piso amarraban los palos con bejucos y los tapaban con barro y cera natural.

El proceso de construcción se daba con normalidad y con mucho ímpetu, pero cuando el *apiun* sobrepasó la mitad de la distancia entre el cielo y la tierra, el dios Yus conoció el corazón y la intención de los shuar y dijo:

—Aquí en el cielo debe entrar después de muerta solo el alma del hombre shuar que en vida haya realizado obras buenas, no haya cometido ningún solo pecado o que se haya arrepentido de ellos, no haya matado, no haya cometido sacrilegio, adulterio, etc.

Yus, para que los shuar no continuaran con el *apiun*, mandó al ángel Irshim a cambiar el idioma en cada piso: entonces, quienes estaban en el primer piso siguieron hablando shuar, pero los del segundo empezaron a hablar achuar; los del tercero, shiwiar; los del cuarto, quichua; los del quinto, tawishur, y así sucesivamente con todos los idiomas del mundo.

Esto provocó desorden y resentimiento entre los grupos de cada piso, ya que no podían comunicarse, y peor entenderse. Así que terminaron por desanimarse de continuar con el *apiun*, regresaron a la tierra y lo destruyeron entre todos. Luego, las personas se retiraron a sus respectivas ubicaciones en el planeta Tierra.




JUAN ANTONIO GUZMÁN
nació en Cariamanga, Loja, en 1976. Trabaja en la Unidad Educativa Eloy Alfaro. Sus actividades favoritas son la música, escribir y cantar.

Historia de la ciudad encantada del cerro Pacpa-Urcu

El viento es el único que sabe las verdaderas historias de la vida, pero nosotros no las podemos conocer, salvo por los cuentos que quedan en el aire. Mientras me nacía la idea de crear un libro de cuentos sobre la ciudad que me vio nacer, irrumpió en mi mente

la mirada de mi abuelita Higinia, quien me miró fijamente y, con una leve sonrisa, entre suspiro y melancolía, expresó lo siguiente:

—Subir al cerro Ahuaca es estar más cerca de Dios. —Y así empezó este viaje astral, que fue como abrir una puerta que me llevó hacia atrás.

Una tarde como cualquier otra, pasó algo que no estaba escrito, sino por escribirse. Mi abuelita Higinia se quedó pensativa y empezó a relatar:

Era una noche de frío y el silencio era mi único compañero. A lo lejos se avecinaba una tormenta acompañada de neblina y relámpagos. Todos se escondían, porque ya sabían los daños que podía causar.



—¡Corre! ¡Corre y escóndete! —grité a la nada.

Los truenos eran los golpes de dos gigantes: los cerros Ahuaca y Colambo, que peleaban entre la niebla para ocultarse de la vista de los mortales. Quienes habitaban la ciudad encantada del cerro Pacpa-Urcu salieron con valentía a ayudar a su protector y guardián, el cerro Ahuaca. El cerro Colambo, con forma de serpiente gigante, era un invasor y quería apoderarse de sus riquezas. El cerro Ahuaca luchó y finalmente triunfó. Después de la batalla, que duró días, los Pacpa-Urcu le hicieron reverencias y lo quemaron para sanar sus heridas. Así cantaban:

Es hora de agradecerte, gigante que el misterio encierras y entierras.

Cuando salga el sol a la tarde, tu reflejo de pirámide me guiará.

Soy tu historia, tu guardián, la cultura de esta, mi ciudad.

Tú serás el Ahuaca imponente toda la eternidad.

Llevo el signo de donde soy por donde voy.

Soy tu historia, tu guardián, la cultura de esta, mi ciudad.

Después, todo volvió a la normalidad: los campos florecieron, los animales corrían y el sol reinó en la cúspide, tan majestuosa, imponente, vigilante y fulgurosa.

Los Pacpa-Urcu ya no salen, porque los habitantes de la ciudad cercana de Cariamanga comenzaron a invadir su territorio y a apoderarse de las reliquias, destrozar la vegetación y exterminar a los animales que vivían ahí. Solo en Semana Santa se escucha en el interior del cerro Bola el tañido de campanas. Son de oro y cuelgan de bejucos gigantes; las hacen sonar los Pacpa-Urcu.

Una tarde, mi padre hablaba con un amigo y comentaba sobre una señora que vendía leche. Justo en ese instante, como por casualidad, la señora pasó por ahí, se acercó y empezó a decirles que hacía muchos años, cuando ella era una niña, sus abuelos comentaban que en el cerro Ahuaca habitaba gente que vivía de la agricultura y que era diferente al resto de personas. Sin embargo, de la noche a la mañana la ciudad había sido cubierta por el cerro y encantada. Al mirarla, se puso triste, una lágrima se suspendió en sus mejillas y dijo:

—Mi marido desapareció en las faldas del cerro.

Contó que ellos tenían una casita y trabajaban en la agricultura y ganadería, pero de repente empezaron a desaparecer las hortalizas del jardín. Cansados de esta situación, el marido se puso a vigilar por las noches para descubrir al ladrón. Sin embargo, como no obtenía resultados, decidió desistir.

Una tarde, justo cuando se iba a dar por vencido, antes de incorporarse de los matorrales, vio la figura de una persona corpulenta, con sandalias y una alforja, que se acercaba a tomar las verduras y frutas. El señor agricultor quiso salir rápidamente, pero la mujer le dijo que esperara, que podía ser peligroso. El hombre no hizo caso: machete en mano, le indicó que se quedara escondida y procedió a enfrentar al ladrón.

El agricultor le preguntó por qué le robaba y el hombre le comentó que nunca encontraba a nadie, ya que él solo podía salir cuando el sol caía por detrás del gigante dormido.

—Yo no tengo dinero para pagarle —dijo, metiendo su mano en un bolso de cuero que colgaba de su cinturón. De allí procedió a sacar piedras brillantes de colores (esmeraldas, diamantes, oro…) y, poniéndolas en la mano del agricultor, le preguntó—: ¿Le puedo pagar con esto? Si quiere más, sígame.

Los hombres subieron por el cerro hasta que se abrió una puerta. La mujer los seguía de cerca, así que pudo ver cómo ingresaban: cruzando las puertas había una ciudad de oro. Esa fue la última vez que vio a su marido. La señora quiso correr, pero la entrada desapareció. Cuando salió a contar el relato, encima, nadie le creyó.




MARÍA DOLORES MATANGO
nació en San José de Minas, Pichincha, en 1970. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Mayra Fernanda Sosa estudia en la Escuela de Educación Básica Alonso de Mercadillo.

La chapicha de Otavalo

Había una vez dos hermanitos, un varón y una mujer. Ellos quedaron huérfanos de madre y el padre les consiguió una madrastra mala que no les daba de comer y los mandaba a trabajar.

Un día, los niños salieron con el padre al bosque a traer leña y se perdieron. Sentían mucho frío, pero después de caminar algún tiempo por la montaña llegaron a una casa.



—¿Alguien vive aquí? —preguntaron después de tocar la puerta.

—Sí, vengan, vengan, mis guaguas —respondió una chapicha—. Pasen, pasen. ¡Han de estar sin comer! —A la niña le sirvió sopa de gallina y al niño, sopa de patas de chancho.

Cuando fue momento de dormir, la señora se llevó a la mujercita con ella, pero al varón lo mandó al cucho. La noche siguiente le tendió la estera a la niña, pero esta vez se fue a dormir con el niño.

A medianoche, a la señora chapicha le salió de atrás de la nuca un hocico como de chancho grandote, con unos colmillos grandes, y se comió enterito al niño. La señora dormía y no se dio cuenta de nada, porque tenía el cabello muy largo.

Al ver que el niño no salía, su hermana entró y le sacó a la señora la pachalina. Entonces vio que se lo estaba comiendo y gritó:

—¡Hermanito, hermanito!

La señora chapicha la empezó a seguir, pero la niña corría y corría. En el monte se encontró con campesinos y gritó:

—¡Auxilio, la tía mama tiene un hocico grande en la nuca y come niños! ¡Auxilio!

Entonces llegó la señora y mintió:

—La niña me robó la pachalina.

Los campesinos le dieron chicha a la señora, la emborracharon, la metieron a una mediagua, la encerraron y buscaron palos secos para prenderle fuego.

—¡Sáquenme de aquí! —gritaba la chapicha, y los maldijo—: ¡Vivirán llenos de pulgas y de piojos!

Uno de los campesinos con experiencia, al ver que se había quemado todo, escarbó las cenizas y llamó a otro:

—Trae rápido un pondo, llénalo con esta ceniza y bótalo a la quebrada. ¡No lo destapes!

Sin embargo, este señor, de tanto caminar, se cansó y se sentó con el pondo a descansar. De curioso, lo abrió y salió la maldición.




JHONATAN STEVEN JÁCOME
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo.

Mito de las lagunas de Mojanda

Hace muchos años, en las lagunas de Mojanda, sucedió algo que sorprendió a todas las personas que vivían en Tabacundo. Para terminar de construir la iglesia del cantón, necesitaban las campanas; entonces, pidieron que las trajeran de Otavalo. Como el camino más corto para llegar a Tabacundo era pasando al lado de las lagunas, tomaron ese, pero quienes traían las campanas no sabían lo que les iba a pasar.



Salieron desde Otavalo en la tarde para llegar a la iglesia en la mañana. Cuando comenzó a anochecer habían llegado a la laguna más grande, así que decidieron quedarse ahí para evitar accidentes, porque ya estaba oscuro para seguir caminando. Cerca la medianoche, todo muy claro por la luna llena, el agua comenzó a aumentar. Todos se despertaron, sorprendidos de estar mojados, ya que se habían quedado lejos por esa misma razón. En ese momento cogieron todas sus cosas para salir lo más pronto posible del lugar, pero el agua ya los estaba arrastrando hacia lo más profundo de la laguna.

Luego de intentar por mucho tiempo salir del agua, esta comenzó a disminuir por sí sola; fue entonces cuando cargaron las campanas y comenzaron a subir por la loma. Sin embargo,

una campana era más pesada, por lo que las dos personas que la estaban cargando se rezagaron. Entonces el agua comenzó a subir nuevamente, esta vez más rápido, los alcanzó y se los llevó hacia el centro de la laguna. Allí quedó la campana junto a las personas que la cargaban.

Cuando dio la medianoche, las personas que habían logrado escapar miraron hacia la laguna desde lo alto. En ese momento comenzó a sonar la campana desde el fondo del agua.

Todos estaban muy asustados con lo que les había sucedido. Cuando llegaron al pueblo, comentaron lo sucedido a los moradores, pero como era algo extraño varios no les creyeron; recién lo hicieron cuando llegó nuevamente la medianoche y comenzó sonar la campana en la laguna.

Cuentan que aún se puede escuchar el sonido, aunque sea muy bajo debido a que ya han pasado muchos años.

VÍCTOR HUGO VARGAS
nació en Baños de Agua Santa, Tungurahua, en 1979. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Jaime Roldós Aguilera. Sus actividades favoritas son escuchar música subterránea y leer.

Los rayos de Rayu

Hace mucho tiempo, cerca de la confluencia de los ríos Hollín y Misahuallí, había un sector conocido como Rayu Rumi. La gente que habitaba por aquellos lugares, cada vez que llovía, solía correr despavorida en busca de un refugio seguro donde aguardar hasta que pasara la tormenta.

En aquellos tiempos todo era caos y destrucción. Las personas morían en cantidades considerables. La existencia de la raza humana estaba realmente amenazada por el poder dominante de



Rayu, un ser gigante, cruel y despiadado. Tenía la apariencia de un hombre flaco y alto; cuando se sentaba, sus rodillas sobrepasaban exageradamente su cabeza. Toda la gente vivía atemorizada por la posibilidad de ser una de las víctimas que se cobraba Rayu, ya que cada vez que se enfurecía generaba grandes tormentas eléctricas y torrenciales lluvias.

Cierto día, un grupo de *yachaks*[1], para contrarrestar la atrocidad y furia de Rayu, decidió reunirse y confrontarlo, pero todas sus maniobras resultaban infructuosas. Rayu no permitía ningún tipo de reunión o sesión *yachak* a plenitud.

En una de las tantas sesiones que realizaron los *yachaks* tomando ayahuasca, bebida sagrada, lograron dominarlo

1 Sabios.

y adormecerlo por momentos. Sin embargo, debían seguir tomando cada vez más y más, para no permitirle ni darle oportunidad a reaccionar a los hechizos y conjuros propinados contra él. Esto permitía que los *yachaks* pudieran acercarse lo máximo posible a Rayu.

El poder de los *yachaks* fue tan fuerte que, en un momento dado, Rayu se doblegó y cayó encogido entre sus piernas sobredimensionadas, con su cabeza topando el suelo. Los *yachaks*, muy temerosos, continuaban acercándose a él, mientras continuaban ingiriendo ayahuasca. Doblegando sus miedos y temores, se enfrentaron a Rayu y le propusieron una tregua, además de su amistad incondicional, pero él no accedía de ninguna manera. Día tras día realizaban sesiones con el fin de dominarlo y ganarse su confianza.

Por fin, cierto día consiguieron convencerlo. Para ello, como símbolo de su tregua, le pidieron a Rayu que los acompañara a pescar una noche realmente oscura. Le dijeron:

—Tú podrías ayudarnos alumbrándonos con tu luz, mientras nosotros pescamos en el río.

Rayu, desorientado y aturdido de tanto hechizo, accedió y fue hasta el filo de un abismo desde donde se proponía alumbrar a los pescadores, pero durante su labor se quedó dormido. Uno de los hombres, al darse cuenta de lo sucedido, decidió empujarlo, pero solo no pudo con él. Entonces llamó a los demás y juntos, con el poder de la ayahuasca, lograron arrojarlo al abismo. Mientras iba cayendo, ya despierto, se iba quejando y lamentando:

—¿Por qué me han mentido? ¿Por qué me hacen esto? Solo han querido matarme. —Y caía quejándose entre relámpagos.

Al final, en el fondo del abismo, se escuchó un gran estruendo y quedaron un montón de rocas partidas en punta, por el fuerte

impacto. Gracias a la astucia y osadía de los *yachaks* de aquellos tiempos, la gente de hoy puede vivir tranquila y sin temor a ser atacada por Rayu.

Es por ese fatídico fin que en la actualidad todavía podemos escuchar a la distancia aquellos lamentos y bramidos en forma de truenos. Y cuando cae un rayo, solo impacta sobre árboles, piedras o ríos; casi nunca sobre la gente. Las enormes rocas partidas aún se pueden ver en lecho del río Misahuallí, muy cerca de la unión con el río Hollín.

MARCO ANTONIO RODRÍGUEZ
nació en Cajabamba, Chimborazo, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Tomás Oleas. Su actividad favorita es la lectura.

Los habitantes de la laguna de Colta

En tiempos muy remotos, una familia integrada por una hermosa joven, su esposo y un pequeño hijo un día decidió visitar el valle donde hoy es la laguna de Colta. Al llegar, se maravillaron por la belleza del paisaje. Pasaron toda la mañana en juegos y diversiones, y al llegar la tarde se pusieron a descansar.



La joven mujer acurrucó a su pequeño hijo en sus brazos y se quedaron profundamente dormidos, mientras que el esposo se alejó un poco para recostarse. Los cobijaba un esplendoroso sol, pero de pronto el clima cambió y cayó una fuerte lluvia que en cuestión de minutos inundó todo el valle. En esas circunstancias, el hombre despertó y vio que su mujer y su hijo poco a poco desaparecían en las aguas cristalinas. Su angustia fue tan grande que sus lágrimas, al caer al agua, se convertían en hermosos pececillos que tenían el color del oro.

El joven se cubrió el rostro con las manos, pero un inusual silbido lo hizo reaccionar. Cuando dirigió su mirada al lugar donde habían desaparecido su mujer y su hijo, observó que de las aguas

emergía una garza blanca con alas abiertas y resplandecientes como la nieve del Chimborazo, acompañada de un ave ploma con pecho blanco, a la cual llamó “gligli”.

En los dos hermosos animales, el hombre vio el rostro de su esposa e hijo, por lo que trató de alcanzarlos para ayudarlos a salir. Pero en ese instante, desde los páramos de Lirio sopló un fuerte viento que los alejó. Decidió adentrarse nadando para alcanzarlos, pero el cansancio y el frío hacían que se hundiera en las cristalinas aguas. El joven luchaba por salir de la profundidad y al final lo hizo, pero ya no como hombre sino convertido en un pato negro con un magnífico pico amarillo, que contrastaba con los pececillos y el sol que los cobijaba.

En esas circunstancias se juntó con la garza y el gligli, y decidieron vivir juntos en la laguna. Los pececillos saltaban muy contentos; parecía que el sol lloraba de alegría y esparcía lágrimas de oro.

Con el pasar del tiempo se multiplicaron y hoy son ellos quienes habitan y cuidan esta hermosa laguna que tiene por nombre Kulta Kucha.

MARTHA ALICIA YUNGAN
nació en Riobamba, Chimborazo, en 1983. Trabaja en la Unidad Educativa Oswaldo Guayasamín. Su actividad favorita es la lectura.

Mamá Isabel

Hace muchos años, cuando la naturaleza tenía contacto con la humanidad, cuando el sol, la luna y las estrellas eran los astros padres, si una persona fallecía, su espíritu abandonaba su cuerpo con gran tristeza para seguir una ruta hacia el más allá, al paraíso o al infierno. Los ancianos de las parroquias Licto, Flores y Punín cuentan que esta ruta era el camino que actualmente conocemos como Riobamba-Cebadas, y que conduce hacia el volcán Sangay.

Creían los ancianos que dicho volcán era la puerta hacia el más allá, y que en una olla muy grande mamá Isabel cocinaba mote

de maíz de todos los colores para que los fallecidos pudieran comer y llevar de tonga para el gran viaje. Por esa razón nuestros antepasados creían que el volcán siempre estaba humeando.

Por otra parte, cuentan que mamá Isabel era una señora exageradamente hermosa, de cabellera dorada, labios rojos y de piel muy blanca. Tenía compasión de las almas, y por eso se preocupaba de darles de comer antes de su larga travesía.

Igualmente, cuentan que dentro de la montaña existía una gran ciudad de oro y muchos cultivos de todo tipo; la dueña y patrona de todo eso era mamá Isabel. Había muchos esclavos que trabajaban día y noche cultivando el maíz para el mote de los muertos. Estos tenían cuerpo de animal y cabeza de hombre, y eran las almas de quienes habían sido malos en vida. Mamá Isabel los tenía trabajando allí hasta que se arrepintieran y pudieran atravesar la gran puerta.






DEISY YOMIRA COQUINCHE
nació en La Joya de los Sachas, Orellana, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Río Coca. Su actividad favorita es leer.

Leyenda de la luna y el iluko

En un pueblo maravilloso vivía una pareja tan enamorada que decidieron casarse y vivieron muy felices a pesar de que no hubiera luz por las noches. El hombre, que se llamaba Juan, era muy trabajador, generoso y de buena voluntad. La mujer, llamada Marta, tenía cabello largo, una hermosa figura, rostro pálido y ojos azules, y era muy cariñosa con su pareja.

Al anochecer, mientras Juan dormía, escuchaba voces que le decían:

—¡Tú serás nuestra gran luna allá en el cielo! —Muy asustado, se levantó y le contó a Marta todo lo que había soñado.

Al día siguiente, soñó que era convertido en un águila, pero que no podía llevarse a su mujer al cielo. Entonces, nuevamente se levantó asustado. Marta le preguntó:

—¿Qué pasó?

Juan, tembloroso, le contó el sueño y le dijo que parecía muy real.

Al tercer día, el esposo de Marta se acostó a dormir. Ya no soñó nada por el estilo, y así pasaron los días. Sin embargo, de pronto oyó un grito de su mujer. Había soñado que los dioses se habían llevado a Juan al cielo; él era una luna y ella, un *iluko*[1] .

Pasaron los meses y no sucedía nada. Finalmente, los dioses vieron que faltaba algo en este maravilloso mundo; entonces decidieron crear una luna que alumbrase por las noches: algo brilloso de forma redonda.

En una noche muy escalofriante, Marta estaba preparando la comida preferida de su marido cuando escuchó un ruido muy tenebroso en las montañas. Se acercaron a la puerta y oyeron unas voces que les decían:

—¡Tú serás el hombre luna y tú, la mujer *iluko*! —Suavemente, las voces fueron desapareciendo.

Muy aterrados, trataron de huir de su casa, pero era como que algo los retenía. Al día siguiente, al despertar, todo estaba en la normalidad. Fueron donde sus vecinos a preguntar si de pronto alguien había escuchado ruidos, pero ellos dijeron que no.

1 Pájaro.

Juan y Marta fueron a pescar y, al momento que estaban poniendo la red, notaron que ya estaba algo pesada. Rápidamente, la volvieron a sacar y se sorprendieron: habían juntado una gran cantidad de pescado sin esfuerzo alguno, así que se fueron muy satisfechos a su casa. Vieron irse el día mientras conversaban sobre tener un hijo.

De repente, desde el cielo cayeron rayos que derribaron los árboles, llegaron caballos alados y, sobre ellos, personas de formas muy tenebrosas. Juan y Marta, muy asustados, se escondieron entre los árboles. Todo el pueblo estaba alborotado. Los caballos se plantaron en la tierra y los jinetes bajaron muy lentamente.

—¡Salgan de dondequiera que estén! —dijeron—. ¡Nosotros los encontraremos! Somos dioses que venimos a cumplir con nuestro mandato.



Juan y Marta salieron de entre los árboles.

—¡Déjennos en paz! ¡Queremos llevar una vida tranquila! —gritaron.

Uno de los dioses levantó la voz hacia Juan:

—Fuiste elegido para dar luz en las noches, ya que estas son muy oscuras. ¡Tendrás que ser una luna!

Juan, muy entristecido, miró a su mujer y contestó a los dioses:

—Si mi mujer va conmigo lo haré, y seremos dos lunas que vivirán felices.

—Si son dos lunas, la noche se parecerá al día. ¡Debe haber una sola luna, un hombre!

Marta se arrodilló junto a los dioses y lloró:

—No nos separen, dennos una oportunidad.

Los dioses lo aceptaron con una condición: que fueran convertidos en dos grandes anacondas y que nunca cometieran la locura de comerse a un humano.

—¡Júrenlo por sus vidas! —dijeron—. Si rompen el juramento, no tendrán ninguna oportunidad.

Juan y Marta lo juraron, y los dioses desaparecieron sin dejar rastro.

Los enamorados cayeron en un profundo sueño y, al despertar, se encontraron en una cueva. Marta se dio cuenta de que su vista se había vuelto borrosa y que podía percibir nuevos olores. Juan sintió que le dolía la cabeza.

—¿Dónde estamos? —se preguntaron.

Miraron a su alrededor y se asustaron: habían sido convertidos en anacondas, con aspecto brilloso, cuero de color negro y ojos amarillentos.

En sus nuevos cuerpos, salieron a buscar alimento. Encontraron a dos niños bañándose en un río; ferozmente, con gran velocidad, fueron hacia allá, pero de pronto recordaron lo que habían dicho los dioses y regresaron a la cueva, muriéndose de hambre.

Así amaneció otro día. Las dos grandes anacondas salieron a buscar comida y para su suerte encontraron dos cocodrilos, a los que devoraron suavemente, rompiendo sus huesos. Murieron con lentitud y fueron fácilmente deglutidos.

Pasaron diez años. Los tenebrosos depredadores ya parecían seres humanos con brazos y mandíbulas de gran tamaño. Viajaron tantos kilómetros que encontraron un pueblo con un rey que maltrataba a sus súbditos; a estos depredadores no les pareció nada bien. Cuando intentaron hacer algo al respecto, un guardia los vio y los pobladores corrieron alborotados. El rey dio la orden de que los capturaran, así que Juan y Marta salieron del pueblo.

De noche, las anacondas, desde su guarida, alcanzaron a ver varias luces a corta distancia. De un momento a otro apareció un batallón que las atacó con flechas. Molestos, Juan y Marta también atacaron, y mataron a los soldados uno a uno. Marta, sin embargo, fue atravesada por varias flechas. Las bestias huyeron de aquel lugar. Llegaron a un río, donde se establecieron.

Juan, suavemente, le sacó todas las flechas a Marta, hizo todo lo posible para que su esposa no muriera. Al otro día, sin que ella se diera cuenta, él salió a tomar venganza: llegó al pueblo y rompió los huesos de todas las personas que encontró.

A la mañana siguiente se presentaron los dioses y los convirtieron nuevamente en personas.

—No cumplieron el acuerdo —dijeron—. Juan, tú serás una luna que permanecerá en el cielo. Tú, Marta, serás un *iluko*. —Y desaparecieron.

Al anochecer, llegó la hora de que Juan fuera convertido en luna. Marta no lo quiso dejar y se subió a su hombro. Al querer subir al cielo, a ella se le cayó la falda; así ocurrió varias veces hasta que Juan se cansó y decidió dejarla. Marta, triste, se quedó en la Tierra. Por tal razón, cuando es luna llena, el *iluko* sale a cantar, y cuando desaparece la luna, ya no canta.

JOSÉ MOROCHO
trabaja en la Unidad Educativa Países Andinos.

El vaquero que se convirtió en toro

En los altos páramos de la comunidad de Llin Llin había un hombre que cuidaba a los animales desde muy joven. Durante varios años, día a día salía montado en su caballo ensillado, vestido con un sombrero negro, poncho rojo, zamarro de borrego y una bufanda blanca para cubrirse del torrentoso frío.

Cierto día, mientras el vaquero enlazaba animales, pasó por una laguna encantada llamada Jacarón. Observó a una hermosa



mujer que vestía un sombrero blanco, blusa blanca, anaco negro y bayeta roja. El vaquero, muy feliz, se acercó a ella y se bajó de su caballo para conversar. Pero cuando lo hizo, inmediatamente empezó a nublarse y a lloviznar en todo el páramo. Y aquella hermosa mujer desapareció. Muy asombrado por lo sucedido, el vaquero se subió en su caballo y regresó a su casa.

Al día siguiente, deslumbrado por lo que había presenciado, volvió a la misma laguna decidido a conversar con aquella mujer. No encontró a nadie. Sin embargo, siguió visitando constantemente aquel lugar.

Pasado algún tiempo, el vaquero, cansado, se desvistió y se metió a la laguna. Nunca más volvió a salir, pero del otro lado salió un hermoso toro. Desde entonces nadie se puede acercar a la laguna Jacarón.




WILLIAM ORTIZ
estudia en la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Hualcopo Duchicela.

La viuda y el pericote

Una señora tenía muchos hijos, y cuando murió su esposo lloraba día y noche, pues no sabía cómo mantenerlos. Un día asomó un pericote que le dijo:

—¡No llores! Todos los días me dejas una batea de tortillas y yo, al entrar, dejaré plata en el cajón.



La señora con esa plata se hizo muy rica, más que los demás. Un día una de sus hijas le dijo:

—¿Por qué dejas haciendo muchas tortillas en la batea?

—Para tu papá —dijo la mamá.

—Pero mi papá ya está muerto…

—No, tu papá me da mucha plata, por eso tengo mucha riqueza. —Al escuchar eso, la hija se quedó sorprendida.

Una tarde que estaban sembrando, la mamá mandó a la hija a buscar algo a la casa. Cuando entró, encontró a un pericote grande, grande, en la batea, comiendo tortillas. Desesperada, pensó: "Mi mamá dijo que estas tortillas las dejaba para mi papá. ¡Ha sido solo para este animal!". Cogió el palo y lo mató. Luego regresó donde la mamá y le dijo:

—Mami, mami, en las tortillas encontré un pericote. ¡Él ha sabido comer las tortillas!

—Hija, ¿lo mataste? —preguntó, asustada.

—Sí.

—¿Por qué lo mataste? Él era mi marido, él me daba mucho dinero, con eso he llegado a tener riquezas. —Y se puso a llorar a gritos, diciendo—: ¡Dios mío! ¿Por qué tuve que quedar viuda otra vez?

SEGUNDO MORETA nació en Otavalo, Imbabura, en 1970. Trabaja en la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Alejandro Chávez. Sus actividades favoritas son el deporte y la música.

Juanita, la mariposa de colores

Eran los meses de febrero y marzo, cuando en el pueblo de los otavalos se celebran las fiestas del Pawkar Raymi. A lo lejos, muchos terrenos habían sido sembrados en tiempos en que la *Pachamama* abrió sus fértiles suelos para recibir a las nuevas semillas. Era hermoso admirar el milagro de la naturaleza: los terrenos se habían cubierto

de un verde oscuro sorprendente. Entre los nuevos maizales también aparecieron miles de lindas flores de colores.

En este ambiente de crecimiento, de florecimiento, apareció Juanita, la mariposa encantada. Sus amigas eran alegres, tenían lindos colores; se las podía admirar cuando salían al campo. Era asombroso: unas azules, otras amarillas, tomates y un sinfín de colores. Además, en sus alas se podían diferenciar claramente círculos, líneas y curvas; era impresionante. Pero el hechizo de una malvada bruja había dejado a Juanita sin color.

Un día, mientras caminaba por el campo se encontró con muchas flores, todas ellas de lindos colores. Juanita les conversó su triste historia, y ellas decidieron ayudarla. Así, el rosal le regaló un lindo rojo. Las azucenas le dieron un hermosísimo azul y las margaritas, un amarillo ardiente. Los geranios ayudaron con un magnífico rosado.



Entonces Juanita se transformó y, al mirar sus nuevos colores, revoloteó de alegría y prometió a las flores alegrar todos los días sus jardines. Desde entonces, Juanita, la mariposa de colores, no ha faltado ningún día a revolotear por los campos verdes del pueblo de los otavalos.

GLADYS ANGÉLICA CALVACHE
nació en Baños, Tungurahua, en 1970. Trabaja en la Unidad Educativa Archidona. Su actividad favorita es leer.

La mujer tigre de Pumayacu

Allá por los años ochenta, casi al finalizar el siglo XX, en la cabecera parroquial del Alto Pano, cerca al Verde Yacu, vivía Juana Shiguango, una mujer anciana que por las noches caminaba descalza y de extrañas formas: semierguida, casi en posición de gateo. Era toda morena, tostada por el sol o quizá por la falta de aseo, con una cabellera espesa y zamba —como melena

de león—, cual si fuera una descendiente afro, ojos vivaces y dentadura completa. Bordeaba ya los noventa años. Los vecinos de la comunidad Pumayacu se sorprendían al verla.

Durante mucho tiempo vivió sola, no le gustaba la compañía familiar. Sus hijos, que habían contraído matrimonio muy jóvenes, aceptaron gustosos la decisión de la madre. Ubicada en una humilde casita, al ruedo de una cancha y cerca de la escuelita 30 de Agosto, los vecinos siempre la veían transitar de un lado a otro, y solo murmuraban sobre la decisión y el destino de la longeva. En aquella casa, Juana hacía de todo: cocinaba, lavaba y otros menesteres. Se sentía a gusto, según sus familiares, pero lo que más la complacía era cuando llegaba la noche, pues salía al campo y nadie sabía a dónde iba ni a qué hora regresaba.



Estas desapariciones eran comunes en su parentela desde los abuelos. Ellos, por tradición, cuando salían de cacería, obligaban a sus hijos a coger la tierra que se forma en el fondo de las vasijas funerarias de barro. El efecto que esto producía era un misterio, algo sobrenatural: toda persona que tocaba esa tierra estaba condenada a convertirse en tigre, león o algún animal de la selva. Estaba prohibido romper este rito, hasta que los padres de Juana murieron cuando ella era joven, y dejaron a sus hermanos muy pequeños; con ellos se rompió esta tradición. Ella siempre advertía a sus familiares que cuando muriera la dejaran sola y se fueran lejos, pues no quería hacerles daño. Tampoco debían velarla por mucho tiempo.

Una tarde taciturna, como las que anuncian tormenta, la anciana murió. Todos los familiares acudieron a la velación. A la mañana siguiente se apresuraron con el acto fúnebre y se aprestaban a enterrarla en su misma casa —tradición de los pueblos quichuas de la Amazonía—, pero, ¡oh sorpresa!, el cielo se oscureció y anunció una terrible tormenta con rayos y estruendos. Todos, envueltos en pánico, decidieron marcharse del lugar a sus domicilios del Tena.

Preocupados, al segundo día retornaron a Pumayacu y se sorprendieron al ver la tumba cavada y su traje semienterrado. Acudieron donde un valiente y poderoso chamán, quien luego de tomar ayahuasca constató que el cuerpo no estaba y concluyó que los anuncios de la anciana eran verdaderos: resucitaría transformada en tigre.

Con el pasar de los días, la comunidad estaba muy incómoda, con temor, pues por las noches sentían y escuchaban a alguien que se acercaba a sus casas y arañaba las paredes. No podían dormir con tranquilidad: los perros aullaban y los niños se despertaban con llantos lastimeros. Tuvieron que reunirse y solicitar a los familiares que tomaran cartas en el asunto.

Toda la parentela decidió acudir nuevamente donde el chamán, para que con sus conjuros alejara a la mujer transformada en bestia salvaje. Este, luego de unos rituales, la llevó a un lugar sagrado donde se encuentran los espíritus transformados en animales, detrás del Verde Yacu. Cuentan que, desde entonces, el pueblo quedó en paz, pero ellos saben que cuando se rompa el conjuro del poderoso chamán, todos estos animales saldrán en busca de sus lugares de origen.




DAICY VANESSA ARELLANO
nació en Otavalo, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Jacinto Collahuazo. Sus actividades favoritas son leer, jugar fútbol y mirar documentales.

El niño duende del río

En un río ubicado en la comunidad de Pijal existe una leyenda que dice que, un día, doña Juana fue a lavar su ropa en sus aguas, como de costumbre. Iba acompañada de su pequeño hijo, Felipe. Al llegar al río, la madre le dijo que se sentara junto a ella mientras terminaba sus labores. Mientras tanto Felipe se entretuvo jugando con piedras, pero pasó un buen tiempo y el niño quiso ir a jugar

un poco más allá, cerca de donde se encontraban unas ramas bastante robustas. Viendo que su niño se mostraba aburrido, le dio permiso.

Cuando Felipe cruzó las ramas vio a otro niño que lo llamaba para que fuese a jugar con él. Los dos se pusieron a jugar y se fueron alejando cada vez más y más del lugar donde se encontraba Juana. La madre comenta que vio a Felipe jugar con las ramas y que todo el tiempo estaba solo, que en ningún momento observó al otro niño, pero en un abrir y cerrar de ojos su hijo había desaparecido.

Doña Juana lo buscó hasta el cansancio, pero no encontró ni rastro de Felipe, hasta el punto de que le pareció inútil seguir buscando. Así pasó el tiempo. Veinte años después doña Juana seguía frecuentando el río en busca de su hijo, con la pena inmensa



que la invadía por no encontrar a su pequeño. Hasta que un día, repentinamente, Felipe apareció de la nada y era evidente que para él no habían pasado los años. El hijo de Juana seguía siendo el pequeño niño que había desaparecido veinte años atrás.

Las personas dicen que quien se lo llevó fue el duende que habita en el río y que solo los niños pueden dar fe de que, a tempranas horas de la mañana y cerca de la noche, ellos lo ven. Aseguran que este los llama a jugar para luego llevárselos, y después de un largo tiempo regresan como si para ellos no hubiese pasado el tiempo. Vuelven con la misma ropa y de la misma edad, pero para estos niños es difícil volver a acoplarse a la vida común y corriente de un niño en un mundo real.



NELLY MOROCHO
vive en Mauca Corral, Chimborazo. Está vinculada con el Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe de Educación Básica Sabiduría Andina.

Juan el Osito

Muchos años atrás, en los páramos de la comunidad Mauca Corral existían un oso muy grande y una hermosa joven que pastaba sus rebaños de ovejas. En uno de esos días de pastoreo, la joven se encontró frente a frente con el gigante y temible oso. Muy asustada, sin poder hacer nada ante tan terrible circunstancia, trató de huir de las garras del animal, pero este, al verse ante tanta belleza que deslumbraba, quedó atónito y decidió llevarla a su cueva.

Una vez en su guarida, el oso decidió tenerla. Al día siguiente salió en busca de alimentos, y para que la joven no huyera de la cueva la cerró con una roca muy grande.

Pasaron muchos años y la joven vivía de esa manera. Llegó a tener un hijo varón, al cual puso el nombre de Juan el Osito. Este tenía cuerpo humano y cabeza de oso, y con el pasar de los años iba creciendo rápidamente.

Una mañana, como siempre, el gigante oso salió a sus actividades de rutina en busca de alimentos para la mujer y su hijo. En eso, Juan el Osito preguntó a su madre:

—¿Por qué no salimos de la cueva?

—¡No! —respondió la madre—. Si desobedecemos, nos devorará a los dos sin compasión.



Pero Juan no obedeció a su madre y decidió quitar la roca de la oscura cueva. Al ver tan hermoso paisaje, le preguntó a su madre:

—¿Por qué nunca salimos, si esto es tan hermoso?

—Yo vivía en mi comunidad —dijo la madre—, pero cuando salí a pastar el gigante oso me atrapó y todo este tiempo he estado en cautiverio. Yo tengo a mis padres, que deben estar preocupados y con mucha tristeza. Quizá ya me dieron por muerta…

En eso, Juan el Osito dijo:

—Vamos a la casa de tus padres —y decidieron huir.

Cuando estaban caminando escucharon los rugidos del oso furioso y corrieron por los páramos y los bosques. El temible animal iba tras ellos. De repente se encontraron con una quebrada. Se sentían atrapados, pero Juan el Osito derribó un árbol y lo usó como un puente. Con su madre, cruzó al otro extremo.

El gigante oso no se daba por vencido e intentó cruzar él también, pero cuando estaba en la mitad del puente, Juan el Osito empujó el árbol. El oso gigante cayó al precipicio y murió.

Cuando llegaron a la casa de la madre de Juan, los padres, al ver que su hija no había muerto, se sintieron muy felices. Fue así como Juan el Osito vivió muchos años y ayudó a toda la comunidad, pues poseía mucha fuerza. Con el pasar del tiempo envejeció y murió. Tuvo entonces el funeral más grande que alguien podía tener en ese entonces, ya que era muy querido por todos los *ayllus*[1].

---

1 Miembros de la comunidad.




JUAN CARLOS QUIMI
nació en Bolívar - Sagragrio, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Inti Raimi. Su actividad favorita es el fútbol.

El misterio del duende

Mi abuelo vivía en un pueblo llamado Los Pocitos. Su trabajo, y el de su familia, era alimentar y ordeñar vacas. Sus labores empezaban muy temprano y duraban hasta las 18h30.

Mi abuelo no le tenía miedo a nada durante la mayor parte del año, pero cuando llegaba el mes de diciembre se encontraba con huellas de que alguien ya había pasado por el lugar antes que él, y sin darse cuenta se había equivocado de camino.



Uno de esos días amaneció muy pronto. A lo lejos pudo divisar una especie muy rara, parecía un duende o más bien una bestia pequeña. Mi abuelo subió inmediatamente a un árbol y, cuando la bestia estuvo más cerca, pudo observar que tenía atrapado a un pequeño ternero, al cual devoró inmediatamente. Mi abuelo bajó lo más rápido que pudo con su machete y escopeta, pero no encontró más que la sangre; entonces, volvió por el ganado y se dispuso a regresar lo antes posible.

En el camino encontró restos del animalito, y de pronto escuchó gritos de otro. Corrió y pudo observar a la misma bestia comiéndose otro ternero, pero por más que le disparó no pudo herirlo. Así, no le quedó más remedio que apresurar la marcha de

sus animales, llegar al poblado, reunir a todos y contarles lo que le había sucedido.

Los moradores buscaron armas para defenderse de la bestia, por si aparecía cerca de sus casas o atacaba a sus rebaños… pero no volvió a aparecer. Tal vez se fue del lugar o quizá simplemente está esperando que el pueblo se descuide para volver a atacar.

ZOILA ROSARIO NAVARRETE
nació en Malchinguí, Pichincha, en 1947. Actualmente es ama de casa. Su nieta Jamileth Yanchaguano estudia en la Unidad Educativa Malchinguí.

El duende enamorado

Cuentan que en tiempos antiguos había un duende que se enamoraba de las chicas que tenían el cabello largo y ojos grandes. Era un personaje de estatura baja, peludo y con un sombrero enorme. Se presumía que usaba zapatos de suela con taco y le encantaba tenerlos siempre limpios.

En los años cuarenta, el agua no llegaba hasta los hogares de Malchinguí, sino que bajaba por un solo canal que empezaba en el cerro del pueblo y llegaba a un pequeño recinto llamado San Juan. La familia Flores madrugaba a coger agua porque, más tarde, la gente que vivía en la parte alta del cerro se levantaba hacer sus necesidades en el canal, y a partir de entonces el agua bajaba sucia.

Una mañana, Marco Flores envió a su única hija, llamada Marisol, a que trajera agua. Marisol era muy hermosa, tenía el cabello largo hasta la cintura y ojos preciosos, y empezó a ir sola todas las mañanas.

Una madrugada salió como siempre, pero sentía que la miraban. Apresuró el paso hasta llegar al canal e hizo lo mismo de regreso a casa. Marisol le contó a su padre lo sucedido, y él tomó



la decisión de enviarla en la noche. A partir de entonces no solo la miraban, sino que también le halaban el cabello.

Una noche llegó con temor hasta el canal, empezó a coger agua y observó que en el recipiente caían pajas y otras basuras. Ella lo tomó como un chiste, tiró el agua y procedió a coger más; así lo hizo tres veces. Marisol no sabía de dónde provenían esas impurezas, así que elevó la mirada y observó un pequeño bulto. No pudo distinguir bien lo que divisaba, así que se acercó: era nada más y nada menos que el duende, sentado y cruzado de piernas, mostrando una sonrisa parecida a la de un cerdo. Llevaba un sombrero de paja y era horrible.

La chica salió corriendo y tiró el agua, pero sentía que el duende la seguía y le halaba el cabello, aunque esta vez más fuerte. Pensó que le sería imposible regresar con los suyos. Por suerte, apareció un hombre, pegó un grito y el duende salió corriendo; tras convertirse en un feo animal, desapareció.




TOA MARÍA VILLAVICENCIO
nació en Correouco, Cañar, en 1984. Trabaja en la Unidad Educativa Fasayñan. Su actividad favorita es revolucionar.

La hija del río

Yo vivía en un lugar llamado Correo Uco. Cuando le pregunté a mi abuela por qué tenía ese nombre, me contó que antiguamente ahí vivían chasquis, es decir, hombres que corrían grandes distancias para entregar el correo del Inca.

En la escuela, yo era una de las que más corría, aunque nunca pude ganarle a una compañera de nombre Vilma. Hace unos meses, mientras recorría las calles de mi pueblo natal, me la encontré de sorpresa. La vi muy cambiada. Llevaba un niño

en brazos. Al verla recordé los años de la niñez y me invadió la nostalgia de aquel tiempo.

De pronto, recordé a mi mejor amiga de la infancia, Katy. Era una niña muy linda con el cabello alborotado, casi igual al mío. A pesar que no era como yo, jugaba y me prestaba sus cosas.

Un día dejó de ir a clases. No sabíamos nada hasta que el profesor nos contó que estaba enferma. Cuando la fuimos a ver ya no tenía su cabellera alborotada, la cubría una gorra de lana. Escuché a los mayores hablar de un tratamiento que llamaban "quimioterapia".

A mi corta edad no sabía de qué se trataba. Yo hablaba poco y cuando la vi apenas pude esbozar una sonrisa y, con ella, desear que se recuperara. Si hubiese sabido rezar, habría recurrido a esa fuerza misteriosa a la cual las personas acuden cuando las alas de la muerte se ciernen sobre la vida, en este caso la de mi mejor amiga.

Pasó el tiempo y un día la madre superiora nos comunicó que iríamos al funeral de Katy. No lloré, aprendí otras formas de expresar los sentimientos. Quizá por eso el negro no es un color que me guste: me recuerda el vacío que dejan los que se nos adelantan.

Pero la vida sigue. Los días pasaron y llegaron las vacaciones. En las mañanas ayudaba en casa y por la tarde íbamos al río a lavar ropa. Recuerdo que podíamos bañarnos e inclusive había peces. De aquel río solo queda el recuerdo de las límpidas aguas donde nadaba; hoy en día, es un arroyo contaminado y sin vida.

Es extraño: mientras estaba lejos de casa, en otro país, seguía nadando en aquel río. En el mundo de los sueños sentía el sol de los Andes calentar mi cuerpo. Veía a mi madre con su amplia sonrisa lavando sobre las piedras planas de aquel río anhelado,



pero todo se iba diluyendo mientras despertaba del sueño profundo y empezaba a dilucidar las sombras familiares que se proyectaban en mi cuarto. Los días transcurrían en el trajinar de despertar, prepararme para ir a clases, hacer las tareas e ir al comedor estudiantil. La hora de la cena era un espacio de encuentro: podíamos conversar de las novedades de la residencia, de las clases, de los compañeros y otras cosas más.

Un día, mientras caminaba de regreso al comedor, escuché unos tambores. Me detuve y mi curiosidad me llevó a una casa en donde había una fiesta o algo parecido. El sol caía en el horizonte, muy pronto oscurecería. Debía apresurarme para llegar, pero algo en mí hacía que caminara hacia la casa de donde provenía la

música. Me acerqué con cautela y pude ver a través de las rendijas de la ventana lo que ocurría en su interior.

Había mucha gente. Bailaban y cantaban, daban vueltas y vueltas, definitivamente era una fiesta. De pronto, una mujer con un vestido de color amarillo irrumpió en la habitación. Tenía la piel bronceada, hermosa. Bailaba moviendo sus caderas, se reía y coqueteaba con su abanico de plumas de pavo real.

Empezó a hablar en un idioma que no conozco. Todos respondieron y le hicieron una reverencia. Yo me encontraba anonadada viendo lo que sucedía en aquella casa vieja de grandes columnas. Cuando me disponía a irme, escuché un grito; la mujer del vestido amarillo señalaba la ventana por donde curioseaba. Entré en pánico y quise salir corriendo de ese lugar. Sin embargo, un hombre alto y fornido salió a mi encuentro y me preguntó si estaba perdida. Logré balbucear una respuesta y de inmediato se dieron cuenta de que era extranjera.

Aquel hombre me invitó a pasar y yo entré, temerosa. Aquella mujer se me acercó y me habló en ese idioma inentendible, pero un hombre gordo y pequeño se acercó y me tradujo.

—Esta mujer es una santa que tiene un mensaje para ti —me explicó.

—No entiendo qué tratan de decirme —repliqué.

La mujer seguía hablando.

—Tu espíritu protector te trajo hasta esta casa para recibir un mensaje. La santa dice que eres hija de la diosa del río —me tradujo el hombre, e increíblemente describió el río que tanto amaba de niña.

También me advirtió que debía ir al médico, porque veía algo malo en mi vientre. Yo seguía perpleja e incrédula escuchando a

la santa. A ratos, mi mente dejaba de oírla y me concentraba en los detalles de aquella mujer: sus ojos no parecían humanos, eran de color miel con una extraña opacidad. Al salir del trance, lo último que le escuché decir fue:

—Hija mía, cuando necesites de mí, estaré en el río.

Aquel suceso marcaría mi vida. Años más tarde recordaría la anécdota mientras la enfermera me preparaba para la operación: me habían diagnosticado cáncer de útero.

Pero la vida es un cajón de sorpresas. Nunca perdí la esperanza de ser madre. En la lucha por la vida, recurrí a todo, inclusive a los milagros. En la actualidad tengo una niña. ¿Cómo? No lo sé, un milagro y mucha ciencia. Ella se llama Oshun, que significa 'la hija del río'.

NANCY DEL PILAR SILVA
nació en Zaruma, El Oro, en 1962. Trabaja en la Unidad Educativa 7 de Septiembre. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

ADRIANA CATALINA AGUILAR
nació en Zaruma, El Oro, en 1961. Trabaja en el Distrito Educativo 07D03. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

La maldición de Chillacocha

En el cantón Chilla, provincia de El Oro, a 3 500 metros de altura, está la laguna de Chillacocha, que esconde muchos misterios.

Adriana y Pilar, secretaria y docente de un colegio, respectivamente, dos grandes amigas, cómplices de emocionantes aventuras, son los personajes de esta historia. Cierto día planificaron salir de excursión hacia la laguna de Chillacocha con los estudiantes de cuarto curso.

Al día siguiente, Pilar ingresó al aula de clases con gran entusiasmo y dijo:

—¡Buenos días, mis queridos estudiantes!

—¡Buenos días, profesora Pily!

—Saben, chicos, vamos a salir de excursión a conocer la laguna de Chillacocha, un lugar muy hermoso por su belleza natural. La leyenda cuenta que esta laguna es encantada y que guarda muchos secretos.

Patricio, un estudiante muy curioso, preguntó:

—¿Dónde queda ese lugar?

—En Chilla, y debemos cruzar una montaña para llegar. También debo decirles que a la laguna, por ser encantada, la debemos tratar bien. ¡Cuidado con insultarla, porque dicen que se pone furiosa y nos puede pasar algo malo!

—¿Será cierto lo que dicen de ella? —dijo Goberth, pensativo—. Igual, ¡qué interesante ir a conocerla!

Muy emocionados organizaron la excursión, y fue así que un 25 de octubre de 1998 a las 7h00 salieron treinta estudiantes, un guía, tres profesores (Mónica, Pepe y Pilar) y Adriana, la secretaria del colegio. Entre Pilar, con el gran humor que la caracterizaba, y Adriana, que la acompañaba, la caminata se hacía muy amena. Caminaron unos 45 minutos juntas, y entonces se fueron dispersando los estudiantes: unos se adelantaban, otros se quedaban.

Como Pilar era la profesora responsable y miraba que sus estudiantes se alejaban demasiado, aceleró el paso y manifestó a sus compañeros:

—¡Yo me adelanto porque los chicos van bien lejos de nosotros!

Se los divisaba arriba en la montaña, así que fue acelerando el

paso hasta alcanzar a unos, mientras que otros caminaban más adelante con el guía y dejaban señales en el camino con fundas de alimentos vacías que iban comiendo. ¡Qué increíble! El destino se hacía cada vez más lejano, ya iban caminando más de tres horas y no llegaban. Luego se juntaron todos, pero Pilar no veía a sus compañeros.

—¿Por qué no vienen con ustedes Pepe, Mónica y Adriana? —preguntó a los estudiantes.

Magaly contestó:

—Se quedaron porque no avanzaban. Estaban cansados.

Mientras tanto Adriana, que estaba en el grupo que se había quedado rezagado, manifestó muy preocupada:

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Los esperamos o nos regresamos al colegio?

Pero por temor a regresar sin los estudiantes, decidieron esperarlos pidiendo posada en la casita de un señor que cuidaba el ganado en una finca. El tiempo pasaba y las horas se volvían interminables. Lo único que les quedaba era orar y pedir a Dios que no les pasara nada malo.

En la oscuridad, y al escuchar los ladridos de los perros, Adriana les decía a sus compañeros:

—¡Escuchen, ya vienen! —Y salía al patio de la casa y gritaba—: ¡Pily, Pily!

Pensaba que eran ellos que ya regresaban pero no era así. Eso pasó en varias ocasiones, y así la noche fue interminable, casi no durmieron. Solo rezaban y le pedían a Dios que protegiera a los estudiantes y que no les pasara nada malo.

Por su parte, Pilar y los estudiantes se fueron aproximando a la laguna hasta que al fin llegaron. De repente, Andrea, una estudiante muy inquieta y de ojos vivarachos, manifestó:

—Profe Pily, ¡cinco horas de camino para venir a ver esta huevada!

Pilar respondió:

—¡No digas eso, Andrea, mira qué lugar tan lindo!

—¡Qué va a ser bonita esta pendejada! —contestó.

—Sentémonos alrededor de la laguna a tomarle fotos para el trabajo que tienen que presentar —dijo Pilar.

Al rato, ocurrió algo increíble: miraron en la laguna una ola que se acercaba a ellos como que los saludara, pero, al ratito, Andrea, la estudiante que había insultado a la laguna, corrió como alma que la lleva el diablo y se alejó diciendo:

—¡Corran, corran, que nos come!

Sin comprender, el resto no le hizo caso. Luego regresó al grupo y les dijo:

—¿Por qué no corrieron? ¿No vieron que un dragón botaba candela en su trompa? ¡Venía hacia nosotros a comernos!

—¿Qué? ¿Estás loca? —contestó Danny, una de sus compañeras.

Andrea se puso a leer las cartas a sus compañeros y a realizar la famosa güija (un juego donde se contacta a los espíritus), lo que estaba en contra de la laguna.

Los chicos, que habían llevado sus alimentos para servirse, lanzaban huesitos de pollo a la laguna y esta se los tragaba con furia. Así también, lanzaban botellas vacías de agua y la laguna se las comía. Lo increíble es que las botellas vacías suelen flotar, pero aquí se hundían y era evidente la furia con que se las tragaba la laguna. Cuando le tomaban fotos se veía cómo la laguna brillaba, y más aún cuando le lanzaban monedas.

Cuando Pilar les dijo que se prepararan para regresar, eran apenas las 13h30. Se alejaron de la laguna un metro y se nubló



tanto que ni siquiera se podían mirar, y tenían que tantear para agarrarse de las manos. Al ratito se aclaró algo tan mínimo que apenas se veían.

En esos momentos, el guía que los acompañaba se desmayó y le tuvieron que dar primeros auxilios. Una vez que se recuperó, continuaron caminando pero se equivocaron de camino. Pilar dijo:

—¡Chicos, por aquí no es, regresemos!

Estaba tan preocupada porque no veían nada, estaba tan nublado, que en su mente dijo: "Y ahora, ¿qué hacemos?". Entonces, al poco rato, a lo lejos, divisaron una lucecita, como que Dios los alumbró, y fueron en esa dirección. Camina y

camina llegaron, y se encontraron con una covachita. Llamaron a la puerta y salieron dos viejecitos muy humildes y caritativos que los auxiliaron. Uno de ellos les dijo:

—Deben quedarse aquí. Proseguir es en vano, porque es muy peligroso. —Y los invitaron a pasar.

Pilar y los estudiantes aceptaron por el peligro. ¡Qué preocupación! Tenían planeado regresar el mismo día, ¿y cómo iban a avisar a los familiares que ahora no iban a poder hacerlo?

Al poco tiempo, Andrea, la estudiante que había ofendido a la laguna, se trastornó. Su actitud era terrorífica, como la de un demonio: se halaba los cabellos, sus ojos estaban exorbitados.

—¡La laguna me llaaaaaaama! ¡Escucheeeeeen, eschucheeeeeen! —gritaba desgarradoramente—. ¡Lagunita mía! —decía.

Pilar, desesperada, se armó de valor y, como su santa madre decía que cuando una persona estaba fuera de sí era aconsejable darle una bofetada, le dio una muy fuerte. Andrea, apuntándola con el dedo, dijo:

—¡La laguna me pegó! ¡La laguna me pegó! ¡La laguna me pegó!

Pilar estaba aterrorizada. Andrea continuaba con esa actitud terrorífica.

—Andreíta, ¿qué te pasa? Soy tu profesora Pily.

Y a carcajadas respondía:

—¡Mi profesora, jajaja! ¡Bobita eres! —y empezó a cantar—: ¡La laguna dice “Pío, pío, pío”!

Estaba fuera de sí, como si estuviera poseída. La tenían agarrada porque lo único que quería era irse a la laguna. Parecía tranquilizarse, pero después se alteraba nuevamente y gritaba:

—¡Papito, papito, papitoooooo, llévame, llévame, mi lagunita me llamaaaaaaaaaaa! ¡Ella es mi dueña, no sean malos!

Se desgarraba su cabello, se arañaba tan fuerte que se lastimaba, parecía una loca sin salida. Se subió a una silla e imitó el gesto de lanzarse a la laguna. Se lanzó y nadaba como si estuviera en ella; por suerte, sus compañeros estaban tan pendientes que la agarraron. Pilar estaba tan pero tan aterrada que se puso a orar con los chicos. Ellos lloraban al ver a su compañera en esas condiciones.

Don Panchito, uno de los señores que les había brindado alojamiento, dijo:

—Profesora, yo tengo una bebida preparada. Déjeme soplarla que estoy seguro que la ayudará a calmarse.

Pilar accedió y el anciano procedió. Tuvieron que agarrarla para que pudiera hacerlo. Luego de ello, Andrea, con un sobresalto tan agitado como que convulsionaba, se quedó dormida. ¡Qué alivio! La tranquilidad se apoderó de todos en esos momentos. Don Panchito contó que ya era el segundo caso.

—El primero fue hace años. Un estudiante también se trastornó y falleció, no lo pudieron salvar. Ustedes están con suerte de que la señorita se esté recuperando —continuaba don Panchito, y preguntó—: ¿Vieron dos piedras en la laguna, una pequeña y otra más grande?

—Sí —le contestaron.

—¿Saben? —dijo—. ¡Es una pareja encantada! El mismo caso de ustedes: insultaron a la laguna y se convirtieron en rocas.

Andrea continuaba dormida, así que aprovecharon todos para descansar un poco. Acomodados en el piso, amanecieron adoloridos pero felices, pues Andrea despertó más tranquila. Don Panchito les dijo que tuvieran cuidado de no hacerle acuerdo de lo sucedido, y así lo hicieron. Todos se sirvieron un vaso de leche recién ordeñada que les brindó don Panchito, para luego emprender la caminata de retorno a sus hogares.

Sorpresa fue encontrar en el camino a sus familiares, quienes, muy preocupados, iban a su rescate cargando alimentos. Se habían enterado de la situación por un comunicado emitido por Radio Élite, de la ciudad de Piñas, que fue dado por la Brigada de Caballería Febres Cordero de la Avanzada; esta, a su vez, había sido informada por parte del destacamento militar de la ciudad de Chilla. Al llegar a la parroquia Muluncay, la cantidad de personas que los esperaban era increíble.

Goberth, uno de los estudiantes, se puso a narrar lo sucedido, y no faltó un imprudente que le preguntó:

—¿Qué le pasó a Andrea?

Y no acababa de contarlo cuando a ella nuevamente le volvió la crisis. Todos quienes estuvieron esperándolos fueron testigos de la maldición de la laguna de Chillacocha.

Pilar repetía:

—¡Dios mío, otra vez la misma pesadilla!

Al ver ese cuadro desgarrador, ayudaron a Andrea y la llevaron urgente donde la señora María, una curandera. Apenas la miró supo que estaba poseída, y le realizó una limpia con unos brebajes, lo cual la ayudó muy poco.

Muy nerviosos, no querían llevar a Andrea hasta su casa por temor a la reacción de sus padres, pero al final se armaron de valor. Cuando llegaron a su domicilio los recibió su padre, y lo primero que dijo fue:

—¡Hijas de puta, se la tragaron a la muchacha! ¡Malditos profesores! Ahora sí vienen a botármela a la criatura, ya cuando está jodida, hijueputas, ¡profesores dizque son!

En medio del trastorno, Andrea los defendió y dijo que ellos no tenían la culpa.

Los días pasaban y Andrea no se recuperaba; su padre llegó al colegio muy enfurecido y manifestó:

—¡La muchacha está jodida y lo peor es que no tengo plata para hacerla curar!

Frente a esta situación, todos los estudiantes, profesores y más funcionarios ayudaron económicamente para su tratamiento. Se trasladó a Tumbes, donde un curandero la trató en varias citas hasta que fue mejorando poco a poco. Una de las condiciones era ir a la laguna a pedirle perdón de rodillas, y que trajera un poco de agua y una piedra para poderla curar. Ella así lo hizo, y poco a poco fue mejorando.

En la actualidad Andrea ha formado una linda familia. Es muy feliz, pero el recuerdo de la visita a la laguna siempre permanecerá en ella y en sus allegados, con la lección de que los encantos y la magia de la naturaleza se tienen que respetar.

JOSELYN MONSERRATH MUZO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato.

El duende del árbol

En la casa de mis abuelos se cuentan muchas historias, aunque yo no sé si serán verdaderas, ya que soy la menor de mis hermanos y nací después de que todo esto pasara. Puede que sean tan solo leyendas o cuentos de familia, pero mis hermanos y mi papá me las han contado tantas veces que pienso que son verdaderas.

Mis abuelitos lucharon mucho para comprar su casa. Se amaban tanto que decidieron unir sus vidas a pesar de los obstáculos. Mi abuelita era muy buena y generosa con todos: fueran o no de la

familia, los trataba con mucho cariño. Amaba mucho cultivar plantas, y la casa después de mucho tiempo quedó hermosa, llena de alegría y vida. Tenía arboles de capulí, de duraznos y hasta plantas medicinales para curar a todos sus hijos y nietos. A lo lejos se encontraba una mata de higos, ya que por lo general esos árboles crecen mucho. Todos mis tíos y mi papá eran felices viviendo en esa casa, pues tenían de todo y nunca pasaban hambre. Después comenzaron a aparecer nietos que también disfrutaron de toda esa naturaleza.

Un día mis hermanos salieron a jugar en los coches por la parte de atrás de la casa. No había mucha luz pero sí podían ver un poco: cerca de la mata de higo algo se comenzaba a mover. Cuando observaron detenidamente, vieron a un hombrecito, un duende.



El duende los miró a los ojos y salió corriendo para esconderse. Mis hermanos hicieron lo mismo pero en sentido contrario, ya que sintieron un susto espantoso. Corrieron hacia mi papá y le contaron todo lo que había pasado. Mi papá les dijo que vieron al duende por estar jugando mucho y a altas horas de la noche, que vivía en el árbol pero solo aparecía en las noches con toda esa oscuridad. Mis hermanos ya no salieron a jugar, del miedo que tenían.

Siempre observaban el árbol para ver fijamente y determinar si lo que habían visto era verdad o simplemente su imaginación, pero todo desapareció cuando a mi abuelita le diagnosticaron diabetes. Aun así cuidaba a sus plantas y animales, pero estaba sufriendo mucho, pues los tratamientos que seguía eran muy dolorosos. En esa época sacaban su sangre, la procesaban y la volvían a meter. Después de tanto sufrimiento, mi abuelita falleció y toda la naturaleza murió con ella: ya no había más vegetación, los animales fueron muriendo uno por uno, ya no tenían el cuidado necesario para sobrevivir. El árbol de higo se fue marchitando y finalmente lo cortaron, ya que decían que ocupaba mucho espacio.

Nadie más supo de aquel hombrecito verde que aparecía en aquellas noches. Todos mis familiares tenían miedo de salir, pues el lindo paisaje se había convertido en un lugar muy triste; aunque existe un poste de luz en medio de la casa, no alumbra todo el terreno sino solo una parte, y justo donde estaba la mata de higo no daba la luz.

Tal vez el duende ya no tenía un hogar donde estar y salió a buscar otro, o tal vez sigue ahí: detrás de la casa se encuentra una quebrada donde hay más árboles. Sin embargo, ninguno se parece al de higo.

Eso me lo han dicho, ya que no presencié nada de esto. Cuando yo había nacido, mi abuelita ya había fallecido y la vegetación era un poco verde. Aún existen arboles pero marchitos, producen pocos frutos cada febrero. Mis hermanos no olvidan lo que vivieron, aunque ya no les da miedo. En un futuro sabré si esas historias son verdaderas o no, ya que viviré ahí y podré pasear por las noches a ver qué pasa. Aunque tal vez mis hermanos se lo inventaron solo para llamar la atención. Eso lo sabré después de unos años.




NAYELY PAOLA CAMPAÑA
nació en Aloguincho, Pichincha, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Alfredo Cisneros. Su actividad favorita es leer historias.

Travesías duras de enfrentar

Por las anécdotas que mis abuelos me han contado, sé que nuestros antepasados emprendían largas travesías para comercializar objetos necesarios para su vivir. Por la falta de transporte estos viajes se realizaban a pie, lo que los llevaba a presenciar hechos anormales.

Conozco la historia de Juan, un hombre trabajador lleno de valentía y con una personalidad agradable, que vivía con Teresa, una mujer alegre, caritativa y hacendosa. Ellos empezaban un matrimonio lleno de felicidad y comprensión. Vivían en un lugar frío pero con verdor por todas partes, un pueblo habitado por pocas personas que se dedicaban a la agricultura y a la crianza de animales domésticos, que les brindaban alimento. Trabajaban de una forma en la que mantenían el equilibrio de la naturaleza.

Este joven matrimonio concibió a su primogénito y para recibirlo necesitaban ropa abrigada, cobijas, una cuna y vasijas para bañarlo. Juan no disponía de la economía para adquirir todo eso, así que decidió que se convertiría en comerciante; era un oficio muy rentable y poco competitivo.

Por lo general, ir y regresar de la feria más cercana, Otavalo, llevaba tres días y dos noches. Sin embargo, esto no era problema, ya que en el trayecto había casas donde las personas, por costumbre, daban posada a quienes la necesitaban.

Los pocos comerciantes que existían tenían más de una historia atemorizante para contar, pero a Juan no le importaba, ya que tenía un espíritu aventurero y anhelaba un futuro próspero para él y su familia.

Teresa le empacó pequeñas cosas para comer en su viaje. Juan se despidió y comenzó la travesía por la montaña. Sabía que si caminaba rápido y sin distraerse no sufriría ningún percance, pero en lugares así, solitarios y llenos de vegetación, se puede ocultar cualquier misterio.

Luego de unas horas, mientras caminaba cerca de una ladera muy peligrosa, una espesa neblina lo envolvió y le mostró un camino limpio y rodeado de flores. Aunque el subconsciente de Juan le advertía que era ficticio, un aroma lo endulzaba y lo guiaba

por aquel camino. A muchos les había ocurrido eso. Lo que en realidad buscaba la neblina era llevarlos al borde de la ladera y que murieran.

Cuando Juan sentía que se sumía en esa ilusión, sintió hambre y por suerte, logró recordar la comida que su esposa le había enviado. Sin querer se sentó y con ello despertó; la neblina fue desapareciendo y le dejó ver que estaba a punto de caer al precipicio. Lleno de temor, devoró la comida que tenía empacada y agradeció por ella. A pesar de este percance, decidió seguir con la travesía.

Aunque ya estaba cerca de caer la noche, decidió continuar caminando para llegar antes a Otavalo y dormir allá, pero no contaba con que en la oscuridad se presentarían hechos más



extraños de los que podía imaginar. Iba tarareando una canción cuando, al girar su cabeza, se dio cuenta de que unos ojos de lobo lo miraban con una intensidad que le hizo perder la razón.

Al día siguiente, Juan despertó en una casa donde lo estaba atendiendo una anciana. No recordaba cómo había llegado ahí. La dulce señora lo invitó a desayunar y le advirtió lo siguiente:

—Durante tu travesía debes ser muy cuidadoso y observador. Si te encuentras con un lobo y él te mira primero, como te ocurrió ayer, te embobará, te llevará a su guarida y te convertirá en un ser como él. Por suerte estuve cerca y te salvé. Tienes que ser tú quien lo mire primero. Para que se aleje dile: "¡Vete, Antonio!", y él se irá.

—¿Por qué lo llama Antonio? —preguntó Juan.

—Había una madre que vivía sola con su hijo Antonio —empezó a contar la anciana—. Ella lo enviaba a trabajar todos los días a un huerto y cuando regresaba a casa lo atendía de la mejor forma posible. Ella había calculado el tiempo de cosecha y un día decidió ir a ver los frutos del trabajo, pero al llegar encontró un terreno lleno de dibujos y a su hijo durmiendo plácidamente. La madre lo maldijo y convirtió a Antonio en un lobo. Desde entonces deambula por la montaña viendo a quién puede convertir él también.

Juan le preguntó cómo sabía todo eso. La anciana dudó en responder, pero al ver la seriedad con que la había escuchado, le dijo que Antonio era su hijo. Juan, aunque con asombro, comprendió todo y le agradeció por haberlo ayudado. Luego, se despidió de ella y siguió caminando.

Antes del mediodía, Juan ya estaba entrando a la feria de Otavalo, un lugar con un paisaje hermoso, lleno de variedades que inspiran emoción y a la vez tranquilidad. Empezó a comprar lo que creía necesario y vistoso para comercializar, como chales,

ponchos, vasijas de barro, tiestos y sogas, así como obsequios para su hijo, para Teresa y para la anciana que lo había ayudado.

En el camino de regreso, Juan iba pensando que estaba cerca de cumplirse la segunda noche lejos de su esposa y se puso triste. Por pensar en eso no se dio cuenta de que se había desviado del camino. Creyó que había encontrado la casa de la anciana, pero al entrar vio que estaba habitada por un hombre con un físico desagradable y desaseado.

Cuando este vio a Juan, se alegró mucho y lo invitó a que pasara ahí la noche. Le dio de beber y estaban entrando en un ambiente agradable. Mientras aquel hombre prendía la fogata para preparar la cena, Juan, para ponerse más cómodo, fue a dejar su maleta en la otra habitación. Para su asombro, se encontró con un montón de huesos de humanos y, detrás de ellos, un chico atado que lo miraba con ojos suplicantes.

Juan se acercó y lo ayudó a soltarse, y el joven le dijo inmediatamente que debían huir. Mientras el hombre desaliñado estaba ocupado en la cocina, ellos salieron sin hacer ruido, para luego correr despavoridos por la montaña durante toda la noche.

Casi al amanecer llegaron a una quebrada donde se sentaron para descansar y tomar agua. Juan, aún desconcertado, pidió que le explicara qué había ocurrido. El joven le contó que se llamaba Marco y que había realizado un viaje de comercio con su padre. Habían aceptado pasar la noche en la casa de ese hombre, y mientras su padre bebía con él, Marco se quedó dormido. Cuando despertó, vio los restos de su padre y quiso salir corriendo, pero el hombre lo atrapó y ató para comérselo después.

Juan estaba horrorizado por lo que escuchaba, cuando de pronto, en la naciente de la quebrada, apareció una bola de luz brillante que producía un cantar melodioso. Totalmente

hipnotizado, Juan iba a tocar aquella luz, pero Marco lo detuvo abalanzándose sobre él, y empezó a cantar en voz alta. Con esto, la bola de luz desapareció y Juan regresó a la realidad.

A Juan estos hechos ya no lo sorprendían, pero quería saber de lo que se trataba. Marco le contó que su padre conocía a hombres que, por haber tocado aquella bola de luz, se habían quedado sordos o ciegos, y que para hacerla desaparecer debían producir ruidos desagradables. Juan le agradeció, y como Marco no tenía adónde ir, le ofreció que fueran compañeros comerciantes para enriquecerse juntos.

Cerca de finalizar el tercer día, Juan llegó a su casa. Después de tantas emociones y sensaciones desagradables, estaba muy satisfecho de haberlo logrado, y al mirar la expresión alegre de su esposa sintió mucha gratificación y ningún arrepentimiento. Además de haber hecho un amigo, todo lo ocurrido le serviría como experiencia para sus demás viajes.




LOURDES VANESSA GUAYCHICO
nació en Imantag, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Sumak Yachana Wasi. Su actividad favorita es cantar.

La hachun[1]

Cuenta la historia que hace mucho tiempo, en un sector pequeño de una comunidad, habitaba una familia conformada por el papá, la mamá y un hijo joven. Tenían un lote de terreno en el cual habían sembrado maíz.

La madre siempre le pedía a su hijo que se fuera a dar una vuelta y echara un ojo al sembradío. El joven lo hacía todos los días y continuamente informaba a su madre de que la siembra no tenía novedades.

1 Nuera.

Un buen día, como de costumbre, acudió al terreno. Dio vueltas por los alrededores hasta que de pronto escuchó un silbido que provenía de las plantas de maíz. Regresó a ver quién era. No había nadie.

Tiempo después se estaba retirando a su casa y de repente, en la esquina del cultivo, vio a una chica muy hermosa, tan bonita que fue amor a primera vista. Los dos conversaron y él se la llevo a su casa a presentársela a sus padres. Ellos estuvieron de acuerdo con la relación que empezaron a mantener, y aseguraron que les encantaría que se casasen.

Finalmente, contrajeron matrimonio. Vivieron en la casa del esposo, pues los padres no querían que su único hijo se fuese a otro lado.

El chico salía todos los días a trabajar y la chica se quedaba en la casa ayudando a su suegra en los quehaceres del hogar. Pero casi pasando un día, por las tardes, la muchacha decía:



—Ya regreso, tengo que hacer algo muy importante.

Llegado el tiempo de cosecha, la suegra acudió al terreno en busca de unos choclos y se encontró con una plaga: un gusano llamado fatajuro. Regresó muy enojada a casa, mientras se decía: “Estos fatajuros horribles se han comido mis choclos, pero cuando me los encuentre nuevamente los voy hacer pedazos”. La nuera había escuchado todo, y se enojó, pues ella era quien se convertía en fatajuro. Fue directamente al terreno y empezó a comerse los choclos de todos los guachos.

Una tarde, la suegra sintió mucha curiosidad de las salidas repentinas de la nuera. La siguió con dirección a la chacra y, ¡sorpresa!, encontró un fatajuro gigantesco. La señora, furiosa, dijo:

—¡Así te quería encontrar! Ahora sí te voy a matar, gusano feo.

Cuando de pronto el gusano habló y le respondió:

—No me mates, soy la esposa de tu hijo.

La suegra se quedó muy asombrada con lo que escuchó, pero del miedo la asesinó.

Asustada, acudió a su casa y reprochó a su hijo:

—¡Tu esposa ha sido un gusano!

Él, sorprendido, no podía creerlo, y de forma desesperada salió corriendo al terreno en busca de su mujer. Desafortunadamente, nunca más la volvió a ver, ni siquiera el cadáver.

Por la situación anteriormente relatada, mis bisabuelos mencionan que cuando se iban a cosechar los choclos y encontraban un fatajuro no lo mataban, pues decían que era la *hachun*. Tenían la creencia de que si los matabas o quemabas te dolía la muela.

MAIRETH NOHELIA BERMÚDEZ
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Adolfo María Astudillo.

El duendecillo del samán

En los años de la infancia, al llegar las vacaciones estudiantiles, mi madre acostumbraba enviarnos a la finca de mis abuelos, quienes vivían en un pueblo de clima cálido llamado El Tambo, algo distante de nuestra casa. Allí disfrutábamos de los beneficios de la tranquilidad y de las amorosas atenciones de nuestros parientes.

En el día paseábamos por la finca, participábamos de las labores propias de la vida del campo y tratábamos de ayudar al abuelo.

Al llegar la noche nos reuníamos en la cocina de la casa y, luego de consumir la cena, permanecíamos con el abuelo, quien a la luz de una lámpara y al calor del fuego de la hoguera solía alardear de su habilidad como narrador de historias, aun a expensas del disgusto de la abuela, que pensaba que sus cuentos a veces no eran aptos para niños, pues nos aterrorizaban y luego nos impedían conciliar el sueño. De todas sus historias recuerdo una que él relataba así:

En mi juventud, trabajando en empresas de construcción de carreteras tuve que habitar en un pueblecito. Allí conocí a una muchacha con quien tuve un breve noviazgo. Lo particular de este



caso es que todas las noches solíamos pasar por el parque y dar vueltas alrededor de un samán gigantesco que había en una de sus esquinas, hasta el día aquel en que transitaba por una calle y una señora llamó mi atención de manera disimulada:

—Joven, hace días que quiero hablar con usted.

—Señora, la escucho. ¿Qué se le ofrece? —respondí a su llamado.

—Desde hace días lo he visto con la niña hija del sastre, y también los he visto pasear alrededor del samán del parque…

—Sí, señora, así es, pero ¿qué hay de particular en eso?

—No es raro que lo ignore, joven, pues usted tiene poco tiempo de vivir en el pueblo y no conoce la historia del duendecillo del samán.

—Cuénteme —dije con curiosidad.

—Mire, joven —empezó a decir—, hace muchos años una mujer del pueblo quedó embarazada y abortó, y enterró el feto en la pata del samán. Cuenta la historia que se convirtió en un duendecillo que vive dando vueltas al tronco del árbol.

—Sí, señora —inquirí intrigado—, pero eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—Se trata de lo siguiente: desde entonces, las muchachas del pueblo, cuando tienen un novio forastero que desconoce la historia, lo llevan a dar vueltas alrededor del tronco del árbol, y si por casualidad el muchacho pisa al duendecillo que vive girando a su alrededor, ya no tiene escapatoria y se convierte en su esposo.

—Bueno, y… —traté de decir.

—Es que veo que usted es una persona buena y se merece mejor suerte, por eso me tomo el atrevimiento de alertarlo para que sepa a qué se está exponiendo.

Di las gracias a la señora, y me retiré. Sin embargo, no tuve en cuenta la recomendación y seguí la relación con aquella muchacha, que seguramente se sentía muy confiada en que contaría con la ayuda del duendecillo, cosa que en mi caso no hizo efecto.

Y así terminaba el relato el abuelo: soltando una sonora carcajada.

DIEGO ALEXANDER CHÁVEZ
nació en Cayambe, Pichincha, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Natalia Jarrín. Su actividad favorita es armar computadoras.

El río Chitachaka y los espíritus buenos

En la comunidad de San Vicente de Porotog Alto, del cantón Cayambe, se encuentra el río Chitachaka, cerca del puente de Pisambilla. Este río tiene grandes corrientes de agua y, por lo tanto, es muy peligroso de cruzar, pero en este afluente existía una pequeña

presa construida por la población. Desde entonces, alrededor de los años ochenta, empezaron los problemas, ya que durante su construcción fallecieron dos comuneros y un niño, a quienes se les dio santa sepultura cerca del afluente.

A pesar de aquellos incidentes, los comuneros empezaron a utilizar el río con normalidad: lo emplearon en los cultivos, para pescar y lavar su ropa. Pero por el constante uso, el Chitachaka se cobró la vida de más personas. Los cuerpos nunca aparecieron en la presa. Era algo extraño, pero se atribuyó la culpa a los pobladores, que no tomaron las medidas adecuadas.

Los años pasaron y siguieron ocurriendo anomalías terroríficas que preocupaban a los moradores de la zona. Se crearon leyendas, rumores e historias de terror sobre lo que sucedía allí. Por ejemplo,



se decía que durante la noche, los cuerpos que habían sido sepultados o muertos en esa presa aparecían en una casa vieja que había aparecido de la nada. A los moradores se les hizo muy rara su creación, porque además en dicha guachimanía no había ningún rastro de que viviera alguien. Además, el terreno donde se encontraban los cuerpos aparecía siempre muy bien cuidado. Los habitantes del sector se sentían muy amedrentados, porque creían que los espíritus les pedían algo, como una ofrenda.

Algo curioso es que cuando las personas solían ir al río en la mañana o en la tarde nunca pescaban nada, pero cuando llegaba la noche los peces aparecían en grandes cantidades. Además, cuando llevaban su ropa a lavar desaparecía todo, menos una pieza. Muchos creen que aquellos espíritus son buenos y ángeles que ayudan a la comunidad para que tenga un gran desarrollo.

Las personas que habían muerto allí no habían sido malas en vida; eso dicen los moradores de la zona. Por eso, sus espíritus llevan alegría y no temor; lo que infunde miedo es la existencia de fantasmas o espíritus.

A los muertos del río Chitachaka se los sigue venerando en los días del Inti Raymi. A fin de cuentas, se creó la presa que hasta hoy sirve para la agricultura y de vez en cuando para la pesca.




MARÍA ALICIA GUZMÁN
nació en Nitiluisa, Chimborazo, en 1985. Trabaja en la Unidad Educativa Santiago de Quito. Su actividad favorita es leer.

Los hijos del Chimborazo

Cuenta la historia que una mujer muy bella llamada Cristina, de la comunidad de Tambo Guasha —que en español significa 'atrás del barril'— de la parroquia San Juan, cantón Riobamba, provincia de Chimborazo, contrajo matrimonio a los dieciséis años de edad con un joven muy simpático de la misma comunidad. Procrearon siete hijos: tres mujeres y cuatro varones.

A los veintidós años, Cristina tuvo a su tercer hijo (el primero de los varones), y la pareja se puso de acuerdo para ya no tener más.

El esposo salía de su casa a las seis de la mañana a trabajar en la fábrica de cemento Chimborazo, y regresaba a las seis de la noche a su hogar; Cristina siempre iba sola a pastorear a los borregos y las vacas en las faldas del volcán, a una hora de distancia.

Un día, un corderito se descarrió de la manada y se fue a los pajonales. La señora no se dio cuenta, solía contarlos al volver en el corral. Cuando llegó y lo notó, se preocupó muchísimo pero no pudo hacer nada, ya que iba a anochecer. Cuando llegó el esposo le avisó de la pérdida, y este le dijo que posiblemente el corderito ya había sido atacado por lobos, pues en los pajonales vivían estos animales salvajes. Esa noche, la mujer no pudo concebir el sueño, solo pensaba en el peligro que corría su animal y pedía a Dios que amaneciera pronto para poder encontrarlo.

Al siguiente día, muy por la mañana, hizo el desayuno para su esposo y sus tres pequeños hijos, y luego se fue con el resto de animales al lugar donde había desaparecido el corderito. Cuando llegó, comenzó a llover. La neblina lo cubría todo, y no pudo buscar al animalito. Entonces, decidió escampar de la lluvia en una choza de paja y ahí lo encontró. Después de llevarlo con la manada, de regreso en la choza, de pronto comenzó a sentirse cansada. Estaba mareada, así que decidió acostarse y se quedó dormida.

Esa tarde, el esposo salió pronto del trabajo y a las cinco llegó a su casa. Solo encontró a sus tres hijos; su esposa no había regresado, así que decidió ir a buscarla en los pajonales. Cuando llegó, los animales estaban al filo del camino. Se dirigió a la choza y ahí estaba Cristina, acostada y semidesnuda. Temblaba de frío. Le preguntó qué había sucedido, y ella le dijo que cuando sacó al cordero comenzó a sentirse mal y de paso, como estaba lloviznando, decidió quedarse allí. No se acordaba más.

El esposo, preocupado, la cubrió con su poncho y, como ya anochecía, montó en el caballo y llevó a su esposa y a los animales a la casa. Al llegar fue a buscar a su abuelita; ella les dijo que el Chimborazo suele enamorarse de las mujeres hermosas y parecía haberlo hecho en este caso, más aún al ver a Cristina sin la compañía de su esposo.

Luego de nueve meses, ella dio luz a un niño de cabello blanco y con los iris de los ojos de color rojizo, por lo que el esposo empezó a dudar y empezó a interrogarla. Le decía que tal vez cuando se quedó dormida en la choza en las faldas del nevado algún americano podía haberla violado, en vista de que en aquel tiempo solían ir a escalar la montaña. La esposa le dijo que no había nadie hasta cuando ella perdió el sentido.

Desde entonces, ya no fue sola a los pajonales a pastar a los animales. Sin embargo, los hijos del Chimborazo —como los llamó la comunidad— siguieron naciendo, tres en total, con cabellos blancos.



FERMÍN RAMIRO ESPINOSA nació en Zaruma, El Oro, en 1964. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Federico Froebel. Su actividad favorita es la pesca deportiva.

Un guardia misterioso

Por el año 2012, mientras laboraba en el Colegio Dr. Reinaldo Espinosa, de la parroquia Malvas, cantón Zaruma, cierta mañana en horario del recreo, en uno de tantos diálogos que manteníamos con los compañeros, el Dr. Marco Armijos nos relataba que años atrás había adquirido una propiedad al noroeste de la parroquia Torata, y que la compró por referencias

de unos amigos mineros que habían explorado el sector, pues por aquel terreno cruzaba una rica veta de oro. Además nos decía que tenía interés de incursionar en la ganadería.

La finca consistía en 80 hectáreas de espesa vegetación por la que atravesaban cuatro vertientes de gran volumen, que aguas abajo se unían para formar un riachuelo. Nos hablaba de que existían animales salvajes como tigres y leones, aparte de monos que retumbaban la montaña con sus aullidos, sajinos, guantas, gallinas del monte, culebras venenosas, etc. Relataba que luego de adquirirla contrató a dos trabajadores de Torata, uno de ellos de nombre Luis Castillo, que con el tiempo sería el hombre de confianza para la administración de su propiedad; además, conocía el lugar donde se encontraba la veta con el codiciado metal. Al poco tiempo contaba con cuatro hectáreas de pasto y había construido una casa pequeña con la madera que habían talado para cultivar la hierba. Cuando tuvo el pasto necesario, compró a un vecino ganadero cuatro vacas, que dejó al cuidado periódico del encargado.

En cierta ocasión, en época de vacaciones, decidió ir a la finca en compañía de su hijo. Una de esas noches, a eso de las dos de la madrugada, escuchó que el ganado balaba con desesperación, y los terneros que se encontraban en el corral emitían sonidos que le causaron mucho miedo y angustia, al punto de sentirse impotente ante la situación. Al siguiente día, muy temprano, acudió al lugar y pudo observar los resultados de una sangrienta escena. Armado con su machete y con mucha precaución siguió las huellas que conducían a una quebrada: ahí se encontraba el tierno becerro que había sido devorado en gran parte. De pronto escuchó a cierta distancia el rugir de la fiera, que, imponente, alertaba de su presencia. Sin chistar aceleró el paso en dirección de su rancho

y contó a su hijo lo que había ocurrido. En pocos días decidió vender las reses y nunca más volvió a ese inhóspito y salvaje lugar.

Quienes participábamos de esta conversación y de la descripción detallada de aquel entorno nos quedamos un tanto sorprendidos. Al mismo tiempo despertaba en mí el afán de aventura que me caracteriza. Entonces le dije al compañero Édgar Mora:

—¿Te animarías a acompañarme a buscar no precisamente al tigre, sino la veta de oro que se esconde en aquella selva?

—Sí, sé que tienes experiencia como explorador y como cazador —fue la respuesta.

Así que esperamos las vacaciones. Previo a ello, el dueño de la finca debía contactarse con el señor Castillo para que nos guiara al lugar.

Ese día llegó. El tercer sábado de marzo del 2013 emprendimos el viaje, armados con dos carabinas, una calibre 4.10 y otra calibre 16 mm, muchas municiones, las provisiones alimenticias para los cinco días que duraría la exploración, herramientas, toldo, naipe, linternas, velas, etc.

El encuentro con el guía se dio a eso de las ocho de la mañana. Con tres acémilas iniciamos el viaje, que duraría aproximadamente tres horas. El trayecto resultó ameno por las múltiples aventuras que como buen cazador había experimentado en su vida; se trataba de un hombre de campo, muy astuto y valiente. A poca distancia, desde lo alto de la montaña, se divisaba la casa donde nos hospedaríamos por los siguientes cinco días.

Al acercarnos, el aullido de los monos alertaba de nuestra llegada al resto de animales. Al estar frente a la casa nos impresionamos mucho, ya que se encontraba llena de maleza en su interior y provocaba temor; era una construcción de altillo, propia en estos



terrenos donde abundan los reptiles. Mientras descargábamos las provisiones, don Castillo nos recomendó que limpiáramos bien el lugar y regáramos malatión alrededor de la casa, para ahuyentar a las culebras, y agua bendita, por cualquier cosa. Nos dijo que tratáramos de hacer las cosas bien para que nadie se disgustara. Aquella palabra, "disgustara", se alojó en mi mente. Presentía que algo ocurriría si no hacíamos las cosas bien. Al marcharse nos dijo que regresaría el lunes por la mañana para indicarnos el lugar donde se encontraba la veta de oro.

Para la limpieza requeríamos de machetes, así que ingresamos a la casa, cuyas paredes eran de gruesas tablas. Junto al dormitorio se encontraba otro cuarto más pequeño donde había un cajón con las herramientas. El cuarto era oscuro y se respiraba un aire

escalofriante que causaba mucho miedo, pero con la ayuda de las linternas pudimos coger los machetes. Una vez concluidas las labores de limpieza, nos fuimos a traer agua para hacer el almuerzo; luego, por la tarde, revisamos un croquis para saber por dónde empezaríamos las exploraciones al día siguiente.

Llegada la noche, el canto de las aves nocturnas y el de centenares de insectos constituían la única compañía para apaciguar el cansancio de la jornada. Fue una noche de absoluta tranquilidad, nada anormal.

Al día siguiente, luego de desayunar iniciamos la primera fase de exploración, para lo cual nos dirigimos al sitio donde se unían dos quebradas, ya que si encontrábamos oro en sus arenas, sabíamos que por el lugar atravesaban las vetas de minerales. Concluida la primera fase de la exploración y una vez comprobada la existencia del mineral, emprendimos el camino de regreso.

Mientras preparábamos la cena, improvisamos una mesa y nos pusimos a jugar naipes. Hicimos un receso para comer y continuamos jugando a la luz de cuatro velas. A eso de las ocho de la noche, el aullido de los monos, algo muy inusual, y el canto de búhos y otras aves eran inquietantes, de manera que tomé un fulminante de dinamita ya preparado con mecha lenta, lo encendí y con mucha fuerza lo lancé. El fuerte sonido enmudeció la estancia. Luego de un rato procedimos a asearnos para luego descansar, pero previo a ello coloqué el toldo para alejar a los mosquitos y demás insectos. Mientras estaba sentado rezando, sentí dos fuertes golpes que venían del interior del entablado en mi dirección. Inmediatamente llamé a mi compañero, que se encontraba aún en el exterior del cuarto, le conté lo que pasó y procedimos a cerrar la puerta con doble seguro. Luego de lo sucedido le dije:

—Recemos y descansemos.

Mientras dormíamos, a eso de las diez de la noche, el toldo cayó sobre nuestros cuerpos. Tomé la carabina que tenía al costado y la linterna para ver qué sucedía. Al notar que las cuatro ataduras con que estaba asegurado el toldo se habían soltado, aumentaron en mí la preocupación y el miedo, pero traté de controlarme y solo le dije a mi compañero que los clavos habían sido mal colocados y que por eso se había caído. Con mucha más devoción oré pidiéndole a nuestro Padre Celestial que nos protegiera de todo mal. No podíamos dormir esperando otra señal que nos causara aún más temor y angustia, pero finalmente el sueño nos dominó.

A las 5h40 de la mañana, una claridad me sorprendió. Desperté a Édgar y le pregunté si él había abierto la puerta. Me dijo que no. "La puerta la abrió el mismo ser que golpeó el piso y nos desató el toldo", dije entre mí. Aquel ser misterioso del otro mundo no quería que encontráramos la veta de oro, estaba todo claro.

Así que no quedaba más que esperar que llegara don Castillo, para por lo menos conocer la veta. Pasaron tres horas y no asomaba, de manera que le dije a Édgar que preparáramos las cosas para irnos, y así lo hicimos. A medio camino lo encontramos y se disculpó por la demora. Nos preguntó por qué no nos habíamos quedado y le contestamos que pensábamos que no llegaría y con lo que nos había ocurrido la noche anterior no había forma de continuar. Luego nos dijo:

—Seguramente lo disgustaron.

—¿A quién?

—Al duende. ¿Qué hicieron mal?

Le contamos que la noche anterior nos habíamos puesto a jugar naipes y que lanzamos un fulminante en la espesura de la montaña, pues los animales nocturnos emitían demasiado ruido.

—Esto lo molestó, y con ustedes ya son cuatro grupos de exploradores a los que ha hecho correr, solo que los grupos anteriores eran de cuatro a cinco hombres.

Charlamos un rato más y emprendimos el viaje de regreso.

Esta experiencia la había relacionado con muchas otras que he conocido de parte de otros mineros que se han aventurado en busca del precioso metal y han tenido encuentros con este pequeño pero aterrador ser, tanto fuera de la mina como en el interior. Dicen que el duende es el guardián del oro y que para poder obtenerlo hay que hacer un pacto con él.

Siempre recuerdo los momentos que vivimos en aquel lugar. Suelo narrárselos a mis alumnos y es notable que a los niños y a toda persona les fascine este tipo de historias. Les recomiendo que si en algún momento de sus vidas experimentan algo similar, no traten de desafiar a estos seres del más allá, como suele decirse. Hay que guardarles mucho respeto y no tratar de enfurecerlos en lo absoluto.




EVELIN MISHEL LOMAS
nació en El Chical, Carchi, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es jugar básquetbol.

El pantano misterioso de Unthali

Cuentan los mayores que, hace muchos años, había un lugar llamado Unthali donde se hacían fiestas. Allí consumían chicha y aguardiente en exceso, tanto hombres como mujeres. Bailaban y bailaban muchos días hasta terminar en peleas.



Un día llegó un ave muy grande de color negro, como un cuervo, y se sentó en la pileta que había en la mitad de la plaza. Fue como un mal augurio, porque enseguida se derrumbó la montaña y sepultó a los que estaban en la fiesta. Solo se salvó un brujo que, según se decía, tenía la piel como un reptil y la capacidad de convertirse en animal u objeto.

Hecho piedra verde en la peña quedó Pachito Quendi, decían los nativos mayores. En este lugar, se formó un gran pantano donde apareció una serpiente enorme que tenía el poder de atraer a todos los animales, aves y personas que pasaban cerca de ella, para tragárselos como alimento.

Un cierto día, pasó un señor armado con una escopeta y un machete. También lo atrajo y se lo tragó entero, pero cuando el

hombre estuvo dentro de la serpiente se dio cuenta de que allí había mucha leña, y con ella hizo una gran fogata y cortó los intestinos para asarlos y comérselos. En ese momento, la serpiente, desesperada, empezó a retorcerse y arrastrarse con dirección al río San Juan. A su paso dejaba una gran zanja, en la que vomitó todo lo que había tragado, incluso al hombre, vivo.

Desde aquel día no se ha escuchado nada de esta gigantesca serpiente, tan solo que se perdió en el río San Juan, pero las personas temen que se les aparezca cuando estén cruzando por sus aguas, y evitan encontrarse con ella.




VERÓNICA ELIZABETH CRIOLLO
nació en Machachi, Pichincha, en 1975. Actualmente es empleada privada. Su hijo Mathías Pilaguano estudia en la Unidad Educativa José Mejía Lequerica.

La luz brillante

Mi abuelito Florencio, un hombre muy serio, de pocas palabras, de gran estatura, tez blanca y ojos azules como el cielo mismo, siempre vestía de leva, poncho azul y sombrero, como el mejor de los chagras del pueblo.

Lo que cuento sucedió hace muchos años, cuando no había medios de transporte ni medios de comunicación, menos aún energía eléctrica. Unas cuantas velas y candiles eran necesarios para alumbrar las oscuras noches.

Florencio, un trabajador incansable que amaba mucho el campo, realizaba sus labores como mayordomo en los verdes pastos de una hacienda que hace un tiempo se convirtió en zona florícola, de lácteos y productos congelados. Esta hacienda se llamaba San Alfonso.

Vivía en una modesta casa dentro de la misma hacienda, con su esposa y sus hijos. Todo transcurría con normalidad. Algunos fines de semana, luego de su larga jornada, tomaba su fiel caballo para dirigirse al centro del entonces pueblo de Machachi y reunirse con sus amigos a jugar cartas, beber y fumar. Tan a gusto estaba una de esas noches que no se dio cuenta de la hora; eran casi las doce.

En casa, su esposa, Mercedes, desesperada porque no llegaba, tomó a la niña, la puso sobre su espalda, la cargó con su tradicional pañolón y salió caminando a buscarlo. Lo encontró ya pasado de copas. Insistió e insistió en llevarlo a casa, hasta que finalmente logró convencerlo y él montó su caballo mientras su esposa lo arriaba.

Estaban aún lejos de casa y todo parecía normal en el camino, pero cuando pasaban por el sector de lo que hoy es el Fuerte Militar Atahualpa, mi abuelita alcanzó a divisar a lo lejos una luz muy resplandeciente que se dirigía hacia ellos. Sintió temor, así que aceleró el paso, pero esa extraña luz parecía que se movía más rápido y se acercaba cada vez más.

En esos momentos de angustia, temblando de miedo sin saber lo que era ni qué hacer en medio de tanta oscuridad, recordó que cuando aparecían cosas extrañas que parecían cosas del demonio era bueno hacer llorar a un niño, porque eso lo ahuyentaba. Fue así que dio un pellizco a su bebé y la hizo llorar muy fuerte, tanto que logró hacer desaparecer aquella luz brillante.



Al llegar a casa, el abuelito enloqueció: trataba de salir a pelear con alguien que solo él veía. Desesperada por un momento, su esposa logró hacerlo dormir, se acostó a su lado y concilió el sueño con la tranquilidad de estar a salvo en su hogar. Pero al pasar unos pocos minutos empezó una terrible pesadilla, en la cual una voz lúgubre le repetía estas palabras:

—Agradezcan a la guagua que con su llanto los salvó, porque si no me los llevaba para toda la eternidad.

Después de la mala noche, por fin salió el sol. Un poco más tranquilos fueron a ver a su caballo en las pesebreras, donde siempre dormía. Cuál fue su sorpresa al observar al pobre animal muerto, petrificado y botando espuma por nariz y boca; fue el único al que el demonio se pudo llevar.

Así pasaron los días. El abuelito ya no quería salir en las noches. Si acaso lo hacía, regresaba temprano para no volverse a encontrar con aquella luz brillante que había salido de la nada.

Nadie sabe qué pudo haber sido, lo que sí se sabe es que mis abuelitos no fueron los únicos que tuvieron esa experiencia. Tal vez en la actualidad si alguien se atreve a cruzar a medianoche por ese sector pueda observar algo. Por si acaso no olviden llevar a un niño, pues puede ser su única salvación.




DAMARIS AILEN PRADO
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio Fiscal Guayaquil. Su actividad favorita es colaborar en la iglesia de su comunidad.

El misterio de Irene

En el recinto de Aguas Claras, provincia de Los Ríos, Irene, una joven de diecisiete años, llegó a vivir donde su tía Flor. Sus padres habían fallecido en un accidente de tránsito por el cantón Valencia, en un recinto apartado.

Tras lo que le había sucedido, Irene se comportaba mal con las personas que la rodeaban; insultaba, era muy necia y desobediente. Cuando la retaban, iba a los potreros para alejarse un poco de los problemas.

Un día salió de la finca de su tía pero al rato volvió despavorida:

—¡Tía Flor, vi un hombre pequeño y muy arrugado! Era muy feo, con un sombrero grande, y tenía dientes de oro. Se me presentó en ese árbol frondoso cerca del pozo que tiene un hoyo parecido a una cueva llena de montes y musgos. Me silbaba y mencionaba mi nombre. ¡Intentaba arrastrarme a ese hueco!

La joven, muy atemorizada, no quería salir de la casa. Pasaron las semanas y el duende se le volvió a presentar para conquistarla. Le propuso que se fuera con él, ya que le iba a dar lujos y riquezas lejos de ese campo donde ella no quería vivir, pero Irene ni siquiera escuchó lo que le dijo; muerta de miedo, le gritó que se fuera.



Tal fue el miedo de los demás vecinos, que todos llevaron crucifijos y agua bendita donde la señora Flor. Comenzaron a rezar y a ayudar a la joven, que ya tenía aspecto de poseída. En ese momento comenzaron a caer piedras dentro de la casa. Eran grandes y filosas, con manchas de sangre, capaz de romperle la cabeza a cualquiera. Lo más extraño era que el techo se encontraba intacto.

Ya a las cinco de la tarde estaba todo oscuro. Los perros de las casas aledañas comenzaron a aullar, la bulla de las gallinas y los chanchos hizo que la gente se asustara más. Entonces Irene dijo:

—Él sigue aquí, justo en la puerta, riéndose de nosotros.

Asustados porque solamente Irene podía verlo, los vecinos lanzaron agua bendita a todos lados. Quedó olor a azufre e Irene desmayada en la sala con una fiebre muy alta.

Esta noticia llegó a las parroquias de la ciudad e inclusive asistió la prensa a entrevistarla por lo sucedido. La familia de Irene le dijo que mejor se comprometiera con alguien para que el duende la dejara en paz. Se preguntaban si alguien del recinto no le habría hecho brujería, porque Irene no era muy querida por los vecinos, pero nunca lo averiguaron.

Ella se comprometió con un señor divorciado y se fueron a vivir a la ciudad de Quevedo, donde parecía que por fin iba a estar más tranquila. Sin embargo, la maldición aún no terminaba para Irene.

Una noche de viernes en que estaba sola —el esposo había ido a visitar a su otra familia—, tocaron la puerta de una manera muy extraña. Cuando la abrió, se encontró con un hombre alto, de traje negro. Aunque no le vio la cara lo dejó pasar, quizás pensaba que era algún cobrador; lo que ella no esperaba era que fuera el mismísimo duende en apariencia de hombre.

Irene se quedó perpleja del susto, sin poder hacer nada del miedo. El demonio comenzó a abusar de ella, le dejaba moretones y golpes por todo el cuerpo. Cuando ella reaccionó, el duende desapareció.

Cuando se lo contó a su esposo, este la declaró loca y la dejó, y no podía ir más donde su tía debido a que estaba enferma del corazón por los continuos sustos. Irene tomó un rumbo sin destino. Nadie sabe dónde está, si en realidad se la llevó aquel ser o si viajó muy lejos. Lo único que se sabe es que ella no ha sido la única a la que ha perseguido el duende.




VIVIANA MARIELA RAMÍREZ
nació en Shushufindi, Sucumbíos, en 1992. Trabaja en la Unidad Educativa Miguel Ángel Zambrano. Su actividad favorita es escuchar relatos.

Un hombre fenomenal llamado Sacharruna

Cuentan mis abuelitos que, antes de que existiera la comunidad donde hoy nos desenvolvemos, existía una grande y espesa montaña, y cerca de ella, unas pocas casas. En esa montaña habitaba el Sacharruna, un ser con apariencia de un hombre de



tamaño mediano, cubierto su cuerpo con musgo, de grandes manos y pies. Su rostro jamás pudo ser visto, solo se observaban sus grandes dientes, que sobresalían de la vegetación que cubría su cara. Era un hombre al que no le gustaba que nadie caminara por la montaña, ya que era el protector de la vegetación y fauna que allí existía. Cuando observaba a una persona adentrarse en sus parajes, la secuestraba, la mataba y se la comía.

Un día, tres personas de un pueblo cercano, confiadas de que el Sacharruna era solo un cuento y no se les iba a aparecer, fueron de cacería. Mientras perseguían a los animales, escucharon un ruido extraño, como un rechinar de dientes, pero no le prestaron mucha atención. Era el Sacharruna, que los seguía de cerca.

Cuando sintieron que los ruidos se acercaban, empezaron a desesperarse y salieron corriendo. Al regresar la mirada hacia atrás, lo vieron: era el Sacharruna, que los estaba persiguiendo, pero avanzaron a salir de la montaña.

Hubo personas a las que observaron huir despavoridas, llegar al pueblo y desmayarse botando espuma por la boca. Los moradores les hicieron una limpia con trago, agua bendita y hierbas para curar. Cuando los cazadores reaccionaron, les comentaron lo sucedido en la montaña. Entonces, las personas de la comunidad decidieron que no iban a dejar que los niños ni más personas se acercaran a las montañas, y mucho menos para ir de cacería.

Pasó mucho tiempo y el pueblo creció más y más. La población fue aumentando y, para acomodar a todos, empezaron a tumbar los árboles. Con el pasar de los años, las montañas fueron desapareciendo casi en su totalidad y desde ahí no se sabe qué le paso al Sacharruna, solo se esfumó.




MARÍA BELÉN ASHANGA
nació en La Libertad, Santa Elena, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Salinas. Sus actividades favoritas son leer y jugar fútbol.

Kuillur y Duciro

Según los ancianos, todo empezó en tiempos muy remotos. En aquel entonces existían dos lunas de sexos diferentes, hombre y mujer, que una noche llena de estrellas decidieron bajar a explorar todos los rincones de la Tierra. Con el pasar del Tiempo engendraron un bebé, motivo por el cual tenían que volver al cielo.

En el largo trayecto hacia el cielo, la mujer luna tenía antojos de ciertos frutos, flores, animales, etc., que veía en el camino, por lo que se distraía en conseguirlos. Eso hacía retrasar el largo viaje y

que el hombre luna se pusiera cada vez más molesto e impaciente. La mujer luna notó que en su vientre llevaba no a un niño, sino a dos gemelos, y aunque suene poco creíble, esas dos criaturas podían hablar, ver y oler, aun estando dentro de su madre. Eran inquietos e inteligentes.

Un día que pasaban por un valle lleno de flores de distintos colores, olores, sabores y tamaños, los pequeños traviesos se impacientaron por probar una y empezaron a dar pequeñas pataditas en el vientre de su madre, así que ella se acercó a cogerla. Pero no se percató de que a su lado había un panal de abejas furiosas, que terminaron lastimándola. Ella, furiosa, regañó a sus dos críos, y después de aquello no volvieron a molestar a su madre por un largo tiempo. Mientras todo eso pasaba, el hombre luna se había adelantado, sin dar importancia a lo que ocurría con su mujer.

La luna, al darse cuenta de que su amado no se encontraba por ningún lado, apresurada, encaminó el viaje, pero no lo halló. Ya en mitad del cielo se perdió. Desesperada, llamaba a gritos a su esposo, pero él no contestaba.

Mientras caminaba sola y asustada, empezó a sentir unos dolores que aumentaban cada vez más y más. Intentó subir unos escalones pero resbaló y cayó nuevamente a la Tierra. Fue a parar en una vieja choza de paja donde vivía una familia de enormes tigres: una tigresa anciana y sus cuatro hijos.

En la choza, en ese momento, solo se encontraba la anciana, que quiso devorar a la luna, pues se había convertido en una mujer humana al caer del cielo. Sin embargo, se apiadó de ella por el estado en que se encontraba, y la ayudó a traer a sus dos gemelitos al mundo. Después del parto, la mujer luna falleció, con lo que sus dos hijos, Kuillur y Duciro, quedaron solos y desamparados.



La tigresa anciana se dispuso a cuidar de ellos. En una semana, los jovencitos habían crecido bastante: podían caminar y hablar perfectamente. La anciana los protegió incluso de sus cuatro hijos, enormes tigres que buscaban la forma de devorar a los pequeños.

Ya jóvenes, Kuillur y Duciro decidieron matarlos, incluida la abuela. Eran tan inteligentes que planearon todo rápidamente. Empezaron con la anciana. La llevaron a la aldea de una tribu y la hicieron ingresar a una choza llena de troncos de madera. Cuando la anciana, sin sospechas, ingresó, rápidamente empujaron los troncos y la tigresa quedó totalmente aplastada.

Siguieron con los cuatro hermanos. Para ello, en medio de un gran y correntoso río, crearon un puente, pero no era seguro: con

el peso de los cuatro felinos se derrumbaría fácilmente. Terminada la construcción, corrieron a la choza de paja y los llamaron, fingiendo alteración:

—Hermanos, hemos encontrado a la abuela sin vida al otro lado del río.

Los cuatro tigres, al escuchar eso, corrieron rápidamente al lugar donde se encontraba la anciana. Cuando llegaron, se sorprendieron al ver allí un puente que anteriormente no estaba; además, también observaron que su abuela no se encontraba donde supuestamente habían dicho los astutos jóvenes.

Los cuatro hermanos empezaron a cruzar cuidadosamente el puente, pero al sexto paso cayeron en el caudaloso río. Solo uno de ellos logró salvarse, y empezó a perseguir a los gemelos con la intención de comérselos. Finalmente, al ver que no podía alcanzarlos, volvió a su choza de paja.

Los jóvenes se refugiaron en una cueva que se ubicaba en una gran montaña. Al amanecer, empezaron a planear una trampa para el último tigre. Pensaron en diferentes formas, hasta que dieron con la indicada: decidieron encerrarlo en aquella cueva. Después de preparar todo, Duciro se arriesgó y se ofreció como carnada. Fue a la choza y despertó al gran felino, que al verlo empezó a perseguirlo. Al ver que Duciro entraba en aquella cueva, sin pensarlo el felino también ingresó. Ya adentro, no se percató de que el astuto joven, aprovechando la oscuridad de la cueva, salía nuevamente y quedaba él solo allí adentro. Tapando la entrada con una enorme roca, los hermanos lograron encerrar al gran tigre.

Se preguntarán cómo consiguieron hacerlo… Pues tenían el don de comunicarse con los animales del bosque. Les pidieron ayuda y ellos no se la negaron.

El felino suplicó rugiendo y llorando que lo liberaran, pero por el bien de las futuras y ya existentes tribus, no debía salir de su prisión.

Kuillur y Duciro, dando por terminada su gran misión, emprendieron su largo viaje al cielo. Allí, con su padre, la única luna existente, se convirtieron en las más brillantes estrellas del cielo. Kuillur fue al este y Duciro, al oeste.

Y hasta hoy se dice que el felino sigue encerrado. Se rumora que hay días en que se escuchan temibles rugidos que vienen de la cueva donde los astutos jovencitos lo encerraron.

KARLA ESTEFANÍA SÁNCHEZ
nació en Otavalo, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Jacinto Collahuazo. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

El ciprés

Era la mañana del 2 noviembre de 2016. Fuimos de paseo con mis tíos y primos con destino al Chaco, un cantón de la provincia del Tena. Llegamos a mediodía y el sol era intenso. Íbamos a visitar a unos familiares que, al llegar, nos recibieron con mucha alegría. Veíamos muy sorprendidos el paisaje que se nos presentaba alrededor puesto que era la primera vez que conocíamos el lugar, que por cierto era hermoso. Había gran cantidad de vegetación y fauna. Maravillados con todo lo que se nos ofrecía decidimos almorzar mientras los pajaritos cantaban alegremente. Después de comer

fuimos a conocer los lugares turísticos de la zona. Durante el viaje se presentaba ante nosotros un magnífico paisaje, con lagos y cascadas en medio de la espesa vegetación, hasta que llegamos a un lugar mágico, de gran hermosura, donde una majestuosa cascada nos daba la bienvenida. La exótica vegetación proporcionaba un aspecto único e inimaginable al lugar. Mientras nos adentrábamos en el bosque, a lo lejos mirábamos un esplendoroso árbol cuyas hojas se estremecían de una manera distinta a las de los demás, como desafiando al viento sacudiéndose en sentido contrario. Fue entonces cuando mi prima nos contó la mágica historia que gira en torno a aquel ciprés.

Hace algunos años varios moradores del cantón aseveraron que cada vez que las hojas del ciprés se movían en ese sentido era porque un pequeño ser con un gran sombrero, enormes



orejas, una mirada fija e inquietante y un aspecto de anciano jugaba cerca del tronco del árbol. Cada vez que era descubierto, el pequeño duendecillo se convertía en un bello búho que extendía sus alas y se posaba en la copa del árbol. Desde allí ofrecía una melodía hermosísima a los caminantes, quienes entre asustados y maravillados continuaban su trayecto.

Temerosos, emocionados y deseosos de ser testigos de aquel evento mágico caminamos durante una hora por lugares dotados de gran belleza, hasta que llegamos a un río que no tenía puente. Lo cruzamos saltando sobre las piedras y al llegar al otro lado un guacamayo atravesó el cielo. Sorprendidos, avanzamos hasta un criadero de truchas, pescamos y pasamos un buen momento en familia. Ya en la noche, mientras conversábamos entre todos, se apagó la luz y al cabo de un minuto se volvió a prender, pero para entonces un pequeño duendecillo estaba frente a nosotros. No supimos cómo reaccionar, solo corrimos gritando a encerrarnos en la cocina, mientras los dueños de casa no podían parar de reír, pues uno de los pequeños primos se había vestido de duende para jugarnos una broma de muy mal gusto. Pero la historia y la broma se habían apoderado de nosotros, así que no pudimos dormir en ningún momento; el ruido de los insectos y las aves nocturnas nos provocaban pavor. Esa sería la noche más larga de nuestras vidas.




GLADYS MORA
nació en El Paraíso de Celén, Loja, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Pedro Vicente Maldonado. Su actividad favorita es trabajar con los niños y niñas.

Cruzando la cordillera

Cuentan nuestros abuelitos que, en tiempos muy remotos, viajar de un lugar a otro en el sector rural era un tormento, por cuanto no había carros ni carreteras. Solo las había en las grandes ciudades: comunicaban Azuay, Guayaquil, Quito e Imbabura, y además estaba el tren.

Así, mi abuelito, de nombre Isaías, narraba que había viajado de la Sierra a la Costa ecuatoriana —a la provincia de El Oro,



específicamente a Portovelo—, en busca de trabajo, ya que allí habían descubierto minas de oro. Aparte de él, viajaban muchas más personas y tenían que hacerlo en mula, cruzar las cordilleras y caminar largas distancias atravesando el cerro y luchando contra distintas inclemencias: viento, lluvia, fieras salvajes, el cansancio mismo, el hambre y el mal estado de los caminos. Muchos de los caminantes caían desmayados, y otros no alcanzaban a llegar a su destino porque eran sorprendidos por la muerte.

En un trayecto del camino había una cueva formada por la raíz de un gigantesco árbol. En ese lugar se quedaban a pasar la noche muchos viajantes, pero grande era la sorpresa cuando a la mañana siguiente no se encontraba a las personas, sino solo sus pertenencias. De tanta gente que había desaparecido, ya se le tenía terror y nadie se quedaba allí.

Preocupados por este misterio y sin saber qué pasaba, en cierta ocasión dos señores que iban del trabajo a sus casas se armaron de coraje y se quedaron a pasar la noche allí, con la condición de que mientras uno descansaba, el otro haría guardia.

En un momento, el que descansaba comenzó a elevarse solo, y el que estaba en vela se asustó y no supo qué hacer. Al ver que el cuerpo lentamente se alzaba, con todo el miedo que tenía desenvainó su machete e hizo una cruz en el aire sobre su compañero. Al instante sonó como que un hierro se cortara y el cuerpo cayó al piso. En ese momento, su amigo se despertó; no podía creer lo que había pasado.

Desde aquel momento no pudieron conciliar el sueño y permanecieron despiertos toda la noche. Al amanecer, trataron de ver qué había en la parte superior de la cueva. Como el árbol era muy grueso, en la parte posterior había un hueco donde vivía desde hacía años una enorme serpiente que no podía moverse por su tamaño. Con su aliento atraía a su alimento y se comía enteras a las personas que pernoctaban en la cueva.

Enseguida los señores colocaron leña y echaron fuego al árbol, con lo que dieron muerte al feroz reptil. Así descubrieron estos valientes hombres el misterio de la desaparición de las personas, y la tranquilidad y la calma volvieron a los que viajaban. Sin temor alguno, avanzaban hasta ese lugar para descansar durante la noche, al siguiente día continuar el viaje y con alegría encontrarse con su familia.




LUZ MABEL CANTINCUS
nació en El Chical, Carchi, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es jugar fútbol.

La vieja del monte

Mi mamá me contó que la vieja del monte es un cuco que se come a los guaguas. Tiene unos pechazos grandotes que se pone en el hombro. ¡Ella no es de esta vida!

Un día, la vieja se llevó a la niña de un hombre mayor. Cuando él llegó a la casa, la niña ya no estaba. Se fue entonces a buscarla con su mujer. Alguien les dijo que la vieja se la había llevado a una peña.

—Yo me hago tigre —dijo el papá de la niña.

Efectivamente, cogió un canasto, se revolcó dentro de él y se hizo tigre. En una de esas, le dijo a la mujer:

—Anda, dame cogiendo algunas frutas.

Ella lo hizo y le llevó las frutas en un atado. Entonces ahí se fue hecho tigre para la peña. Allá encontró a la vieja metida en el fogón, diciéndole a la niña:

—Mijita, ¿estarás con hambre? Dame asando estas papas. Apura, que ya debes estar con hambre.

El hombre hecho tigre cogió el atado que llevaba y se lo reventó a la vieja en la cabeza. Ella cayó patas arriba, y ahí fue que quedó ciega.

El viejo se fue hecho tigre con su niña; de ahí, cerró la puerta de la peña, pero por un poquito la vieja casi lo toma del rabo. Si lo agarraba al tigre, se lo comía.

Finalmente, el anciano y la niña regresaron sanos y salvos a su casa, donde fueron muy felices.






MIRYAN GUADALUPE SANDOVAL
nació en Tena, Napo, en 1973. Trabaja en la Unidad Educativa Monseñor Maximiliano Spiller. Su actividad favorita es escribir.

Una aparición en San Vicente

En las múltiples reuniones familiares, mi padre, don José —como lo conocen en Santa Rosa—, acostumbraba a contar muchas historias. A aquellos recuerdos guardados durante tantos años, el tiempo, de manera cruel, amenaza con borrarlos ya de su frágil memoria.

Mis padres migraron de la provincia de Loja hace más de cincuenta años. Accedieron a un lote baldío entregado por el IERAC (Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización) a cuatro kilómetros de la vía Puní-Cotona, en un punto llamado San Vicente, perteneciente a la comunidad de Santa Rosa, ubicada en el kilómetro 51 vía Tena-Puyo.

En ese entonces, no existían las carreteras de acceso a las comunidades, ni mucho menos el puente sobre el río Napo, que se cruzaba en gabarra. Las familias de las comunidades, mediante mingas, construían sus caminos de piedras y empalizadas, a fin de que el tránsito fuera más llevadero. Para los comuneros, entre ellos mi padre, se hacía muy difícil ir a la ciudad de Tena para abastecerse de vituallas los fines de semana o para dejar a sus hijos en el lugar donde estudiaban; sin embargo, la necesidad los obligaba a hacerlo y pasar varias peripecias y peligros en la ida y retorno a sus hogares.

Cuenta mi padre que en una ocasión regresaba de la comunidad de Santa Rosa, luego de dejar a mis hermanos en la escuela, en Puerto Napo. En Santa Rosa, aprovechaba la oportunidad de salir de la finca para quedarse un rato compartiendo con sus amigos en el billar de la tienda de don Alejo. Debido a esto se le hizo un poco tarde: el ocaso del sol daba paso a la entrada de la noche. El canto de los grillos y las lechuzas, en compás con el croar de los sapos, anunciaba la llegada inevitable de la noche, que con el misterio de la montaña y las diminutas luces de los cocuyos se mostraba aterradora.

Mi padre era una persona por demás serena y, como buen hombre de Dios, andaba siempre bien persignado. Sin embargo, la idea de que lo estaba sorprendiendo la noche a medio camino



y que tenía que pasar un largo trecho de montaña casi virgen, antes de llegar a un claro y de ahí hasta su casa, lo preocupaba un poco. Con mil ideas en su cabeza, aceleraba la marcha para llegar a la parte más tenebrosa de la montaña y pasarla lo más rápido posible, porque decían que era un lugar pesado. De hecho, dicen los comuneros que a la montaña hay que tenerle respeto y mi padre claro que se lo tenía. No obstante, conforme apresuraba el paso, la noche también avanzaba más aprisa. En su mente surgieron muchos pensamientos, pero no se dejó invadir por el miedo.

Pasó la montaña sin dificultad, entre más oscuro que claro: lo suficiente como para distinguir aún el camino, que se alumbraba apenas con la tenue luz de las luciérnagas que se escabullían entre

las sombras de los árboles. Más tranquilo, continuó por el sendero empalizado que estaba antes de llegar a una parte despejada. Y fue ahí donde escuchó que alguien se acercaba con pasos presurosos.

—Ya tengo compañía para continuar mi viaje —pensó mi padre.

Tener con quien caminar por esos lugares tan desolados y en la noche, en esa época, era más que esperanzador. A mi padre esa idea le alegraba mucho, sabía que por ese camino más de uno iba a menudo hacia alguna comuna aledaña como Puní-Cotona, Ishpingo o Arajuno, y muchos de ellos, cuando los agarraba la noche, solían pernoctar en la casa de algún vecino.

Mi padre dejó de caminar y miró para intentar ver de quién se trataba, pero apenas pudo divisar la oscura silueta de un hombre diminuto que se detuvo al verse descubierto.

—¿Quién eres? —preguntó mi padre.

La silueta no respondió. Lo único que se escuchaba era el concierto unísono de cientos de seres, los animalitos, dueños irrefutables de la selva, que irrumpían con sus sinfonías en la tenebrosa noche.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar mi padre.

Como nuevamente no obtuvo respuesta, regresó al camino. Para su sorpresa, al momento de voltear y continuar, vio que la silueta del ser diminuto estaba ya delante de él y caminaba muy de prisa hasta perderse en las sombras. El camino empalizado era muy estrecho, se hacía muy difícil que alguien hubiera pasado por ahí sin que mi padre lo notara.

En ese momento se dio cuenta de que se trataba de un ser fantasmagórico; por el tamaño, era un duende, dice mi padre, pero que no le dio miedo. En ese momento, interrumpió el relato y mi hermana, que escuchaba atenta, comentó:

—Pero dicen que el duende no es malo.

—Claro que no —respondió mi padre—. El duende solo es malo con aquellos que lo son. Las cosas malas existen, pero el mal sigue al mal.

Repuesto de la sorpresa, mi padre continuó su camino hasta llegar a la casa de don Dionisio, un vecino de la comunidad que ya falleció. Allí le preguntó si alguien había llegado a su casa o había pasado. Don Dionisio le respondió que no, que los perros lo hubieran sentido, pero no… ni un solo ladrido.

Mi padre confirmó sus sospechas sobre la aparición, se santiguó, pidió un chimbús[1] a don Dionisio y continuó el camino hasta llegar a la casa. Allí le contó lo sucedido a mi madre y los dos celebraron que después de todo había sido una bendición que no le hubiera pasado nada malo.

1 Lámpara hecha de un envase de lata, que funciona a base de querosén.




JOHN ANTHONY HARO nació en Píllaro, Tungurahua, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Mejía Lequerica. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Los tesoros del cerro

El Rumiñahui, un volcán apagado cuya última erupción data de hace miles de años, en la actualidad es el vigilante silencioso de Machachi; entre otras cosas, no permite que el coloso Cotopaxi dé un vistazo a la tierra del chagra. Es el escenario de varias historias que están en la mente de nuestros mayores, abuelitos, tíos y

conocidos, que echaron sus raíces en las faldas del majestuoso cerro de piedra azulada.

Mamá Rosita, como la llamaban sus hijos y nietos, era una mujer trabajadora, dueña de valores y mucho don de gente. Desde muy pequeña recorrió las laderas, senderos y chaquiñanes del Rumiñahui. Esta dama será nuestra protagonista.

Lupita, María Augusta, Marcelo y María Elena eran sus asiduos oyentes cuando la visitaban los fines de semana o en las vacaciones de fin de año. Todos ellos, muy alegres, buscaban el mejor lugar para escuchar los increíbles relatos de su amada abuelita, pero, eso sí, no sin que antes preparara un tazón de exquisitas palomitas de maíz. Recuerdan los niños el siguiente relato:

Un día, cuando Mamá Rosita realizaba sus múltiples tareas en lo más alto de la ladera, su padre le pidió que trajera agua de una vertiente para preparar sus alimentos. Al mirar el frío y cristalino arroyo se percató de que en el líquido nadaba una especie de polvo de color amarillento. En otra ocasión, en la misma vertiente, que nacía de una quebrada, observó unas pequeñas burbujas de color blanco semejantes a las perlas del mar. Sin ambición alguna, Rosita continuaba con sus encargos.

Otro día, de sol muy radiante, pidió permiso a sus padres para recoger mortiños en los pajonales. De pronto, entre risa y risa con su amiga Carlota, sintió que gruesas gotas de lluvia impactaban sus frágiles cuerpos. Para no mojarse, corrieron a paso de conejo de páramo; de pronto, uno, dos, tres ladrillos de un color muy brillante se les cruzaron en su camino. De un brinco pasaron sin ni siquiera mirarlos bien.

Al siguiente día, en su jornada de trabajo, Rosita preguntó a los trabajadores y huasipungueros:



—¿Qué van a construir en el páramo?

—¿Por qué? —le preguntaron.

—Porque ayer vi unos ladrillos cerca de los pumamaquis.

La intriga de los trabajadores fue muy grande.

—¿Qué vamos a construir tan arriba? Criatura ingenua, el cerro te ha estado regalando su tesoro.

En otra ocasión, al capataz de la hacienda le ocurrió algo parecido. Cuando recorría el páramo con su amigo fiel, en lo más alto de la montaña, vio una puerta abierta en la piedra. Tanta curiosidad invadió su alma que bajó de su caballo e ingresó en ella. Dentro, vio varios objetos, entre ellos mazorcas y granos de maíz, pero también una bola resplandeciente, parecida, por su tamaño, a las de boliche.

Sin pensarlo dos veces, cogió la bola e inmediatamente salió del lugar, para luego encargarla en el centro de Machachi. Cuentan que el desafortunado hombre enfermó gravemente: en su delirio, escuchaba la voz del dueño de la bola, que le decía:

—¡Todo podías tomar menos la bola! Con ella jugamos todos los cerros. ¡Devuélvela inmediatamente!

En otra oportunidad, cuando los chicos se quedaban en lo más alto de la montaña quemando los troncos de pantza[1] para obtener carbón, el miedo invadía su mente, pues en la oscuridad de la medianoche se escuchaba a lo lejos una fúnebre voz, un quejido que los mayores no parecían oír, y que se confundía con el silbido del viento gélido.

Todas estas historias eran escuchadas con atención por los pequeños niños, que, sentados en diminutas sillas de madera o en la vereda de la humilde vivienda, a la luz de la luna, se las imaginaban con asombro y emoción.

1 Árbol nativo del páramo.




MARÍA CECILIA CAIZA
nació en Columbe, Chimborazo, en 1981. Actualmente es agricultora. Su hija Norma Jimena Paucar estudia en el Centro Educativo Estanislao Zambrano.

Shuk warmimanta shuk kuykamantapash

Ñawpa pachapi shuk warmimi yanunapi tiyashka. Chaymantaka chay warmika yanunapi tiyarishpaka, yanunatullparumi kuchuta allí mayllak kashka.Chashna mayllakukpika, shuk hatun kuyka llukshishka; llukshishpaka chay warmipi katirishka. Shina

katirishpaka paypak anakuta mikushka. Chaymantaka tukuyta yanushpa, anakuta mikushkata rikushka.

Payka mancharishpa:

—Imatak ñuka anakuta mikurkari, nishpa mancharishka nin. Chaymantaka, anakuta paskarishka; shina paskashpaka, kuykata hapishpaka, chay kuykataka paypak wasi ukullapitak kachrishka.

Kutin yanukukpika chay warmika kusa yanunapi tiyarishka

nin:

—Ima nishpatak ñuka warmika tullpa rumitaka mayllashpa tiyarinata yahan; ñukapash pay shinallatak mayllasha, nishpaka.

—¡Mayllak tiyarishka!, nin.

Shina ña tukuy mayllashka washaka chay kuykallatak llukshirishka.

Chay kuykaka paypak churana ukuta katirishka. Shina katikpika, chay runaka manchanayta piñashpa chay kuykata hapishpaka uchuta rurashpa karashka nin paypak warmiman, chaymantami wakin uchukuna piña ninchik.

Kashnami kay rimayka tukurin.



Una mujer y una lombriz

Había una vez una mujer y una lombriz. Por costumbre, la mujer aseaba perfectamente el fogón antes de cocinar. Un día, mientras hacía esto, una inmensa lombriz se introdujo en su cuerpo. Ella solo se dio cuenta luego de que terminó de cocinar, cuando la lombriz había recorrido gran parte de su anaco. Aterrorizada, la mujer se preguntó qué diablos era eso, abrió su anaco y buscó detenidamente, y una vez que encontró a la lombriz la soltó en la misma cocina.

Al siguiente día, su esposo curioso se dijo: “¿Qué le pasa a mi mujer, que siempre lava las piedras del fogón? Yo también las voy a lavar”. De esta manera, limpió prolijamente aquel sitio,

pero se llevó una sorpresa al terminar de limpiarlo y encontrarse con la lombriz.

Esta lombriz se introdujo inmediatamente en el pantalón del hombre, quien, tremendamente enojado, la cogió, la metió junto con el ají y se la dio de comer a su esposa.

Es por eso que nosotros los indígenas decimos que ciertos ajíes son sumamente bravos.




JAIME MAISANCHE nació en Ambato, Tungurahua, en 1955. Actualmente es comerciante. Su nieta Joselyn Orosco estudia en la Unidad Educativa Ambato.

Jugando con el duende

Humberto Maisanche pertenecía a una familia muy sencilla. Vivía en un hogar humilde con su mamá, llamada Rosa Elena, y sus dos hermanos, Jaime y Lucía. La casa estaba ubicada en un sector alejado de las demás viviendas, por esta razón no contaba con servicio de luz y Humberto y sus hermanos buscaban constantemente en qué entretenerse.

Humberto tenía ocho años, era un niño muy tranquilo. Asistía a la escuela, era un buen estudiante y tenía muchos amigos con los que le encantaba jugar a las canicas. Él era excelente en este juego, no había niño que lo pudiera derrotar. A todo momento le encantaba estar jugando y a veces hasta jugaba solo.

Un día llegó de la escuela, ayudó a su madre, hizo sus deberes y después salió a jugar solo a las canicas. Cuando volvió a su casa se dio cuenta de que había olvidado dos de sus canicas afuera, así que volvió a salir. Sin embargo, en ese momento se llevó un gran susto: escuchó una voz que lo llamaba y le repetía: "Ven a jugar", pero Humberto miraba a su alrededor y no encontraba a nadie. Estaba lleno de miedo, así que entró corriendo a su casa y le contó a su madre lo que le había ocurrido. Ella no le creyó, dijo que solo era un cuento que él había inventado.



Al día siguiente, como siempre, Humberto llegó de la escuela, ayudó a su madre, hizo sus deberes y luego salió a jugar a las canicas con su hermano; pero a Jaime no le gustaba mucho ese juego, así que solo estuvo un rato y luego ya entró a la casa. Humberto se quedó jugando un rato más sin percatarse de la hora. Cuando anocheció decidió juntar sus canicas y entrar a la casa, pero mientras se dirigía hacia su vivienda volvió a escuchar la voz del día anterior, que otra vez le repetía: "Ven a jugar, ven a jugar".

Intentó ignorarla pero cada vez gritaba más fuerte, así que giró y vio a un niño muy pequeño que tenía un sombrero muy grande. Humberto no sabía de dónde había salido, pero igual decidió jugar, ya que pensaba que no era ningún niño malo, aunque le sorprendía mucho el enorme sombrero que llevaba puesto. Le dijo:

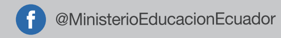
—¿Quieres jugar conmigo? Soy muy bueno en esto.

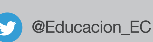
Comenzaron a jugar. Humberto estaba ganando y el pequeño niño se enojaba más y más. Cuando terminaron el juego, con Humberto como ganador, el niño, lleno de furia, le pidió que jugaran de nuevo. Sin embargo, Humberto no quería, ya que debía entrar a su casa; su madre lo iba a regañar por quedarse afuera hasta tarde.

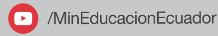
El pequeño niño se enojó aún más, ya que había perdido todas sus canicas. Le dijo que nunca nadie le había ganado, así que por venganza le quitaría su voz. Así fue. Humberto entró babeando a su casa. Su madre estaba muy asustada, solo había observado por la ventana cómo un niño muy pequeño con un enorme sombrero desaparecía entre los arbustos. Le preguntó a su hijo qué le había pasado, pero desde ese día hasta hoy Humberto no volvió a hablar.



Seres de la naturaleza, duendes, personajes religiosos o de la cultura popular ecuatoriana son algunas de las figuras que encontrarás en este libro lleno de magia. También podrás leer anécdotas y descripciones sobre las tradiciones de nuestro país. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.








/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec